

El Combate de Patagones



*Museo Histórico Regional
"Emma Nozzi"*

Prólogo

La gesta de Marzo de 1827 en la que el pueblo de Patagones en armas derrotó a una invasión brasileña, constituye el cimiento de la identidad histórica de los maragatos. No debe extrañarnos que así sea. Se trata de un pueblo que supo vencer al miedo, resistiendo en este confín patagónico la tentación de abandonarlo, cuando con meses de anticipación conocía los planes imperiales. Luego se vistió de gloria enfrentando una expedición cuyo poder bélico triplicaba a las fuerzas locales. Pero además, el hecho de que recién hacia la década de 1960 se conociera la fecha exacta de la fundación del Fuerte y Población Nuestra Señora del Carmen, hizo que en el 7 de Marzo se concentrara todo el vigor reivindicativo del pasado histórico maragato.

Está pendiente aún la apropiación plena de este glorioso acontecimiento por parte de los viedmenses, ya que en rigor hasta 1879, es decir hasta un siglo después de la fundación, lo que hoy es la ciudad de Viedma era algo así como un barrio de Patagones al que se conocía como la «Banda Sur» y desde la década de 1860 como «Mercedes». El Combate de Patagones pertenece legítimamente entonces, al pasado histórico de ambas ciudades.



En estas páginas deseamos recordar a Emma Nozzi, quien durante casi medio siglo fuera directora de nuestro Museo. Desde ese sitio Emmita contribuyó decididamente a que generaciones de maragatos aprendieran a amar a su tierra y a valorar la gesta de 1827 con la que, según su relato, “la Patagonia se bautizó de Argentina”. Todos sabemos que nadie jamás contará esa página crucial de nuestra historia como ella lo hizo.

Lic. Jorge Anibal Bustos
Director
Museo Histórico Regional
“Emma Nozzi”

Introducción

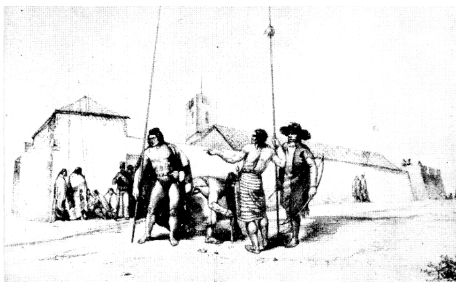
Las páginas que siguen no sólo dan cuenta de la heroica defensa del suelo patagónico materializada en 1827. Pretendemos además mostrar que esta epopeya es parte de una mayor: la de ser adalides para España primero y para la Argentina después de los derechos soberanos sobre los territorios patagónicos. No se trata de mera retórica. Esto significó durante un siglo -desde 1779 a 1879-, sostenerse altivos en pleno territorio de indios a centenares de kilómetros de las poblaciones blancas, padeciendo sequías, plagas de langosta, malones, sublevaciones de presidiarios y mil contingencias adversas.

Esta gesta mereció investigaciones de José Juan Biedma, Cecilia Rivero de Gayone, Leonardo Costas, Emma Nozzi e Isaías García Enciso, quien realizó el análisis más exhaustivo de sus aspectos bélicos y de quien recogemos lo más sustancial de la crónica militar. Nuestro trabajo no intenta sumar nuevos datos en ese terreno, sino aportar, en cambio, algunas interpretaciones que entendemos resultan sustanciales para la adecuada comprensión de la significación de la gesta. Por otra parte brindamos una caracterización de la sociedad y la economía maragatas a fin de que el lector pueda acercarse al Patagones de 1827, es decir el escenario en el que se desarrollaron los hechos.

Patagones en 1825

Una isla en tierra de indios

Hacia 1825 Patagones era una aldea de unos ochocientos habitantes que había sido fundada en 1779 para defender los derechos hispanos sobre las costas patagónicas. Para sustentarse, los pobladores disponían del estrecho territorio que el cacique Chanel había cedido al Virrey de Vértiz en 1778. Era una lonja de unos cincuenta kilómetros de largo (desde alrededores de San Javier hasta la desembocadura del río) por quince de ancho (es decir el ancho del valle).



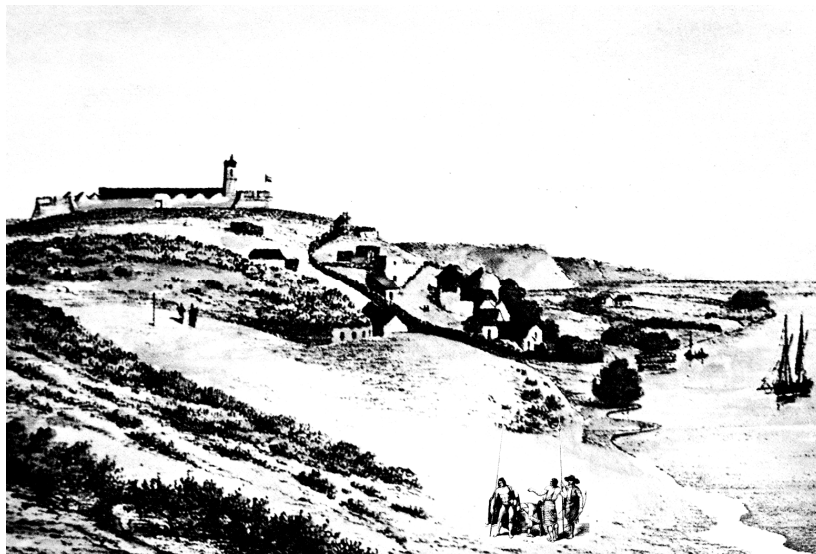
Era éste “el último rincón de la tierra”, según el naturalista Charles Darwin, a quien seguramente le costaría comprender la razón de la supervivencia del Carmen, enclavado como estaba en pleno dominio indígena, a centenares de kilómetros de los poblados criollos.



En los límites de la aldea la seguridad era absoluta. Pero en las chacras y estancias se pasaba de largos períodos de absoluta calma a otros en los que se debía estar muy atento a la acción de pequeños malones esporádicos. Más excepcionalmente la campaña fue escenario de situaciones de franca guerra. Pero aún cuando hubiera paz les estaba absolutamente vedado a los pobladores trasponer los límites del territorio cedido por Chanel.

El área urbana del Carmen había sido cuidadosamente preservada por los indios incluso en los momentos de máxima violencia, cuando poblados fronterizos y

tolderías eran arrasados por la guerra. La razón de este particular cuidado residía en que Patagones había llegado a constituirse en un centro comercial de gran importancia para las tribus patagónicas y surpampeanas. (1) Aquí podían encontrar los mismos productos que en Buenos Aires, a precios apenas superiores pero ahorrándose centenares de



kilómetros. Aún cuando las poblaciones criollas luego de 1810 se habían extendido bastante más al sur del río Salado, Patagones siempre estaba más a mano para los indios patagónicos. Es cierto que también podían comprar en las ferias indígenas que anualmente se realizaban en Las Manzanas -actual Neuquén- o en la isla de Choele Choele, pero allí los precios eran más elevados y es probable que no contaran con la misma variedad de artículos.

Debe tomarse en cuenta que las mayores distancias no sólo implicaban más días de cabalgata. No existían tierras de nadie. Hasta la más estrecha lonja de tierra pertenecía a alguna tribu, por lo que pasar por ella exigía previo acuerdo con el cacique. A menudo el acuerdo resultaba de fácil obtención porque los jefes estaban vinculados por lazos de parentesco o por sólidas relaciones políticas. Pero no siempre era así. Viejas rivalidades y rencores podían obligar a la tribu a dar un largo rodeo para evitar las tierras de un enemigo.

La desaparición de Patagones habría implicado entonces un duro golpe a la economía de las tribus patagónicas. Ello explica la cuidadosa diplomacia que desplegaban los caciques para evitar que nadie vulnerara la seguridad del Carmen. (2) De más está decir que estas consideraciones nos alejan de la visión que tradicionalmente se tuvo sobre los indios y sus jefes. Estos hombres son muy diferentes a esos seres violentos, brutales, irracionales e irreflexivos que nos muestra aquella visión que aún hoy está instalada en nosotros.

La economía de la aldea

En los años que siguieron a la revolución de mayo de 1810, el Carmen había estado a punto de desaparecer víctima del desinterés del gobierno central por un establecimiento que había nacido con el objeto de sostener para España las posesiones patagónicas ante la amenaza británica, pero que no poseía en cambio ningún recurso natural que interesara a la economía rioplatense. Si bien es cierto que ya en los tiempos fundacionales se conocían las ricas salinas La Espuma y De Piedras, los saladeros bonaerenses no habían alcanzado aún una dimensión que justificara un interés económico por Patagones.



El proceso de emancipación trajo aparejada la pérdida del valor geopolítico de Patagones, ya que Gran Bretaña más que un enemigo -como había sido para España- era una potencia a la que se precisaba como aliada contra aquella. Por ende, las autoridades revolucionarias perdieron todo interés en esta población patagónica. De allí que se eliminaran las medidas de estímulo para la economía maragata y que el Fuerte de Patagones pasara a ser destino de jefes ineptos o corruptos secundados por la peor tropa posible. (3) Así, a partir de 1810 los pobladores sufrieron mil calamidades que agravaron las dificultades del medio, haciendo cada vez más precaria la supervivencia del poblado. Pero a fines de la década de 1810, las condiciones comenzaron a cambiar y ya a partir de 1820 el panorama se mostraba mucho más promisorio. La clave del cambio radicó en el interés de los saladeristas bonaerenses, del litoral, la Banda Oriental y aún del sur del Brasil por la sal de nuestras salinas.

La sal era gratuita para los productores locales, lo que atrajo a saladeristas que se establecieron en la banda sur. A la vez, los saladeros estimularon la expansión de las estancias ganaderas que podían ahora exportar carne además de cueros, junto a la grasa, sebo, astas, pezuñas y crines. No sólo eso. Cuando se sabía de la amenaza de un malón que podía arrasarse las estancias, se podía salvar mucho ganado realizando faenas extraordinarias. El tasajo guardado en las barracas ya era ganancia segura.

Otro atractivo que ofrecía Patagones, era el bajo precio que se pagaba a los indios por las vacas que traían -cuatro pesos contra los catorce que costaban en Buenos Aires-. El comercio de ganado consolidó la comunión de intereses entre los pobladores de Patagones y los tehuelches hasta el punto que el gobierno bonaerense debió intervenir para limitar ese tráfico ante el reclamo de los hacendados de la provincia, damnificados por los malones.

Los barcos que llegaban para cargar sal y los productos de los saladeros, al mismo tiempo abrieron mercados para la producción triguera. (4)

Antes de 1820 llegaban barcos de Buenos Aires a cargar trigo, sólo en años excepcionales en que se combinaba la escasez de granos por sequías en la campaña bonaerense y buenas cosechas en Patagones. Pero ahora que El Carmen disponía de una amplia gama de rubros encabezados por la sal, los granos locales tenían más posibilidades de ser exportados gracias al notable incremento de los barcos que llegaban a su puerto. Esto permitió que se triplicara la superficie sembrada.

Hacia 1825 el área rural de la aldea había alcanzado su máxima extensión desde los tiempos fundacionales. Las chacras y estancias se extendieron desde la desembocadura hasta unas cinco leguas aguas arriba sobre la costa, a lo que debe sumarse el poblamiento de la Bahía San Blas. Esto fue posible gracias a la señalada convergencia de intereses con los tehuelches.

Estas actividades, especialmente la exportación de cueros, dieron vitalidad a un sector comercial que se completaba con las transacciones con los indios. Ellos traían ganado vacuno y equino, pieles, plumas, artículos de soguería y especialmente tejidos aportados por las tribus araucanas o araucanizadas de la región cordillerana.

A cambio adquirían harina, yerba, tabaco, azúcar, porotos, café, aguardiente, indumentaria femenina y masculina, objetos de hierro (vasijas, armas blancas, estribos), naipes, abalorios, etc.



La población

Hasta la década de 1820, no era Patagones un sitio capaz de atraer población. Más aún, en los recientes tiempos de la dominación española, a los pobladores les había estado prohibido abandonar el Establecimiento.

Durante cuarenta años, la población de la aldea había estado reducida a los primeros pobladores hispanos, su descendencia, las tropas y empleados del



Fuerte y uno que otro pulpero interesado en el comercio con los indios. El paso del Patagones que en 1817 parecía encaminarse a su desaparición, a las condiciones de 1827, no habría sido posible sin el aporte de mano de obra y capitales. Agricultores, ganaderos y comerciantes llegaban aquí atraídos por la posibilidad de hacer fortuna o multiplicar la que tenían. Ellos traían

consigo los capitales necesarios para sostener la expansión económica de esos años.

La mano de obra para los nuevos emprendimientos productivos la brindaron principalmente los presos deportados desde Buenos Aires. (5) Este ingrediente fue clave para el nuevo horizonte económico ya que habría sido imposible contar con trabajadores libres. Es que en la campaña bonaerense los trabajadores rurales gozaban de salarios suficientemente altos como para no ser tentados por Patagones. Los presos sumaban en 1822 unos 150 hombres, bastante si consideramos que la población local apenas superaba entonces las 500 almas. Aquí no precisaban celdas ni murallas ya que para ellos, Patagones era una cárcel con dos muros: uno hecho de lanzas aborígenes y el otro de mar. Así la aldea recibía desde jóvenes a los que sus padres pretendían corregir desterrándolos a este confín hasta condenados tanto por

delitos leves como por homicidios. En su mayoría estos reos eran diestros en las faenas rurales. Fueron éstos los primeros gauchos de Patagones.

El universo social de la población se completaba con los indios tehuelches, pampas y araucanos que llegaban a la aldea con diversos fines: comerciar, recibir racionamiento del gobierno, arreglar cuestiones políticas con la comandancia del Fuerte, cazar en la laguna del Juncal y dejar a resguardo a sus enfermos y a los impedidos de continuar los extensos periplos que recorrían las tribus. Deambulaban libremente por las calles del poblado pero estaban obligados a retirarse al atardecer a sus tolderías en la banda sur. (6)



Así las cosas, hacia 1825 el futuro de Patagones no parecía mostrar ningún sobresalto. Pero en diciembre de ese año el Brasil le declara la guerra a la Argentina. Tan lejana del escenario bélico estaba la aldea patagónica, que nadie podía imaginar la conmoción que se produciría en la vida de los maragatos.

Antecedentes de la guerra argentino-brasileña

(1825-1828)

La guerra argentino-brasileña fue el último acto de un antiguo conflicto entre España y Portugal, que se remontaba al siglo XVI, por la posesión de los actuales territorios de la República Oriental del Uruguay y parte del estado de Río Grande do Sul en el Brasil.

Los descubrimientos ultramarinos de los siglos XV y XVI llevaron a estas nacientes potencias a permanentes litigios. Distintas bulas papales y tratados procuraron zanjar los intereses encontrados. El tratado de Tordesillas, firmado en 1594, establecía una línea a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde, quedando para España las tierras al occidente y para Portugal las ubicadas al oriente de dicha línea.

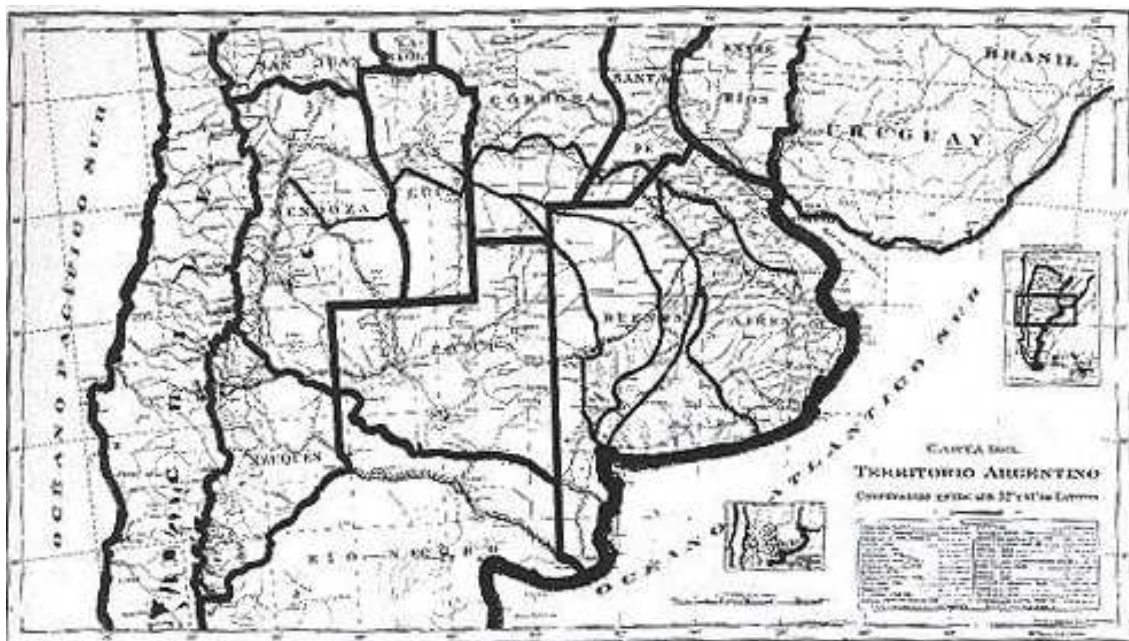
El tratado no resolvió los conflictos, ya que no establecía con precisión desde cuál de las islas del Cabo debía partir la medición, además de las discrepancias que se suscitaron respecto de las leguas contenidas en cada grado de longitud, por lo que el problema se convirtió en insoluble. Según la interpretación de España, les correspondía a los portugueses una porción costera del territorio del actual Brasil que ni remotamente conformaba a los lusitanos, quienes argumentaban que sus territorios, según el mismo tratado, alcanzaban hasta el estuario del río de la Plata. De allí que los ataques a las misiones jesuíticas y otras posesiones españolas fueran muy frecuentes, incluyendo a la Banda Oriental, territorio de enorme valor estratégico. Así Manuel Lobo, al mando de una expedición portuguesa fundó en 1680 la Colonia del Sacramento, que alternativamente pasaría a ser posesión de portugueses y españoles durante una decena de veces. Finalmente, en 1777 la Colonia del Sacramento fue virtualmente destruida por una poderosa flota enviada por Carlos III al mando de Pedro de Cevallos, creándose al mismo tiempo el Virreinato del Río de la Plata como forma de frenar las ambiciones portuguesas y salvaguardar los intereses de España en el territorio rioplatense.

Al producirse la revolución de mayo de 1810 en Buenos Aires, el gobernador de Montevideo Javier de Elío no reconoció a la Primera Junta, siendo nombrado Virrey del Río de la Plata por el Consejo de Regencia de Cádiz. El enfrentamiento con Buenos Aires no se hizo esperar, y la inferioridad militar de Javier de Elío hizo que pidiera ayuda a los portugueses. Aún cuando Montevideo

cayó en poder de las fuerzas patriotas en 1814, la penetración portuguesa no cesó, y solamente Artigas resistió hasta su derrota final en Tacuarembó, siendo a partir de este momento incorporada la Banda Oriental a los dominios portugueses con el nombre de Provincia Cisplatina. Los patriotas uruguayos debieron emigrar: Artigas al Paraguay y Oribe y Lavalleja a Buenos Aires. El gobierno porteño, sumido en una crisis política, temeroso del accionar de Artigas y en guerra con España, dejó poco menos que librada a su suerte a la Banda Oriental. De hecho reconoció la autoridad lusitana, que entretanto, saqueó literalmente la tierra uruguaya.

Aún así, los patriotas uruguayos no renunciaron a recuperar su tierra. El 11 de abril de 1825, Lavalleja y sus legendarios treinta y tres orientales partieron desde San Isidro, para motorizar en tierra uruguaya la insurrección de toda la campaña. Así lograron acorralar a los brasileños en la franja costera de Montevideo, Colonia y Maldonado. Los orientales celebraron un congreso en La Florida, donde decidieron seguir siendo parte de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Esta resolución aceptada por Buenos Aires, provocó la declaración de guerra por parte del Brasil, ello de diciembre de 1825. Cabe acotar que el Brasil acababa de emanciparse de Portugal, quedando bajo la autoridad del emperador Pedro I, hijo del rey de Portugal.

Seguramente, ni en la peor de las pesadillas de este miembro de la realeza europea podría haber aparecido una estrepitosa derrota en un confín del planeta ante un enemigo que a cualquiera habría parecido insignificante.



Patagones, puerto de corsarios

La guerra de corso

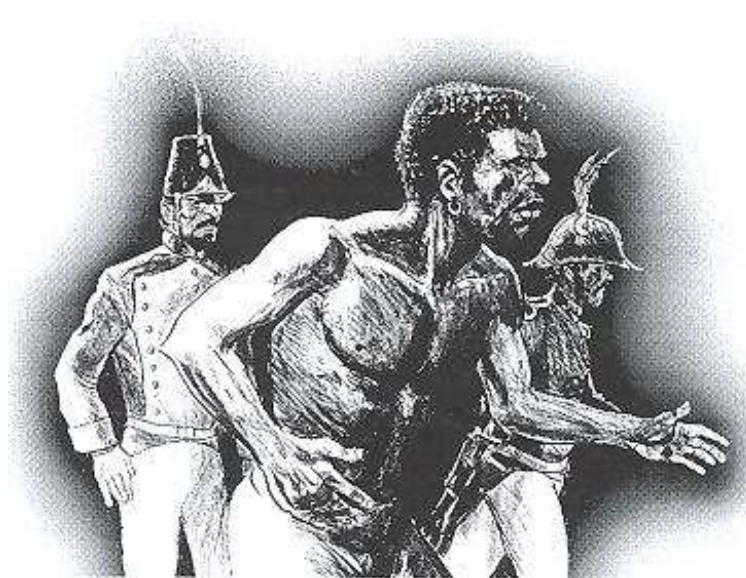
La preparación militar del imperio era mucho mayor en el plano naval que en el terrestre. En 1807 los portugueses fueron invadidos por Napoleón y la corte se instaló en Río de Janeiro, lo que influyó decisivamente en el progreso del Brasil, ya que suplantó a la metrópoli en el tráfico marítimo al punto que en sus puertos se construían barcos de gran porte. Esto hizo que, con la desvinculación de Portugal, el Brasil se viera dueño de una flota poderosa, que puso en manos de marinos extranjeros avezados y que, en el concierto de la guerra con Argentina, lo posicionó muy ventajosamente. Las fuerzas del Imperio constaban de 94 unidades de guerra, de las cuales destinaron 50 a la zona del río de la Plata. (7) Las fuerzas navales patriotas, en cambio eran insignificantes ya que contaban solamente con dos viejos bergantines, once lanchas cañoneras y una lancha de transporte. Aún así, Guillermo Brown, con prodigiosos esfuerzos lograba mantener a raya a su enemigo en el Plata,



muchas veces a la vista de Buenos Aires, a la que pretendía bombardear y frente a la cual se libraron varios combates. Brown, a través de incursiones sorpresivas mantenía al enemigo en permanente sobresalto a pesar de su abrumadora superioridad, aunque a un costo muy elevado. Nuestra escuadra perdió sucesivamente a varias de sus unidades mayores y ya a mediados de la guerra quedó reducida a una menguada flotilla de lanchones y goletas con la que a duras penas podía defender el acceso a Buenos Aires, por lo que forzosamente, la guerra tenía que derivarse hacia los corsarios. (8)

Los corsarios respondían a empresarios -los armadores- que se ocupaban de adquirir los barcos y equiparlos para la travesía. Además se encargaban de pagar los impuestos por las mercaderías introducidas en los barcos capturados, comercializarlas y pagar su parte a los corsarios.

Los corsarios recorrían las costas del Brasil atacando a los buques mercantes y aún los que traían esclavos a América. Al gobierno argentino le interesaba estimular la captura de barcos con esclavos, ya que éstos resultaban vitales para la economía brasileña. Pero desde 1813 ese vil comercio estaba prohibido en nuestro país, por lo que todo esclavo introducido aquí era considerado hombre libre. Por ello



el gobierno dispuso que se abonaran cincuenta pesos a los armadores por cada africano apresado, siempre que fuesen útiles para las armas de 12 a 40 años inclusive- con sólo el cargo de servir cuatro años en el ejército, mientras que aquellos que no eran aptos para este servicio estarían a cargo de un patrón.

La guerra corsaria produjo gravísimos daños a la economía brasileña ya que llegó a devastar su tráfico marítimo, no sólo por el valor de los barcos, mercancías y esclavos que le sustrajo, sino porque la inseguridad en la navegación hizo elevar los costos del transporte naval.

La guerra llega a Patagones

La noticia de la guerra no afectó por igual a los habitantes de Patagones. Los foráneos -militares, empleados del Fuerte y quienes habían llegado recientemente, atraídos por las posibilidades que ofrecía el establecimiento rionegrino-, sintieron que algo grave podía trastornar sus vidas. Pero para la mayoría de la población, Buenos Aires era una ciudad que quedaba demasiado lejos y por la que no sentían especial afecto. Si el sentimiento de Nación era aún bastante difuso en las provincias, mucho más articuladas por las comunicaciones y vínculos de siglos, poco podía esperarse en tal sentido en este confín patagónico.



Pero a pocos días de la iniciación del conflicto bélico, el 20 de enero de 1826 el corsario Francisco Fourmantín entró en el puerto de Patagones con un barco negrero apresado a los brasileños con 374 africanos.

La arribada de Fourmantín al Carmen y todos los que le siguieron, se debió al hecho de que, estando bloqueado el puerto de Buenos Aires por la armada imperial, los corsarios debían usar otros puertos, entre los cuales se destacaría el de

Patagones. Aquí los corsarios tuvieron una base de operaciones en la cual almacenaban las mercancías, reparaban sus barcos, curaban los heridos y rebautizaban y retripulaban sus presas. Esto es que, si el barco capturado resultaba adecuado, pasaba a ser una nueva nave corsaria destinada a golpear el tráfico comercial brasileño.

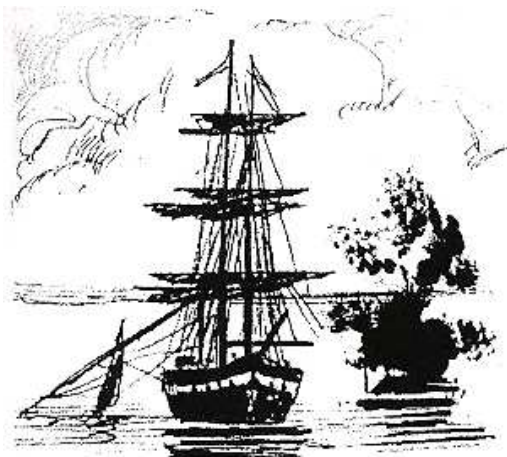
¿Cómo operaban los corsarios en Patagones? De acuerdo con Dora Martínez de Gorla, “los armadores, que residían en Buenos Aires, como Juan Pedro Aguirre, Vicente Casares, Severino Prudent, José Julián Arriola, entre otros, informaban al Comandante de Patagones que la presa -es decir el barco capturado- estaba en el puerto y que se había dado cumplimiento a las formalidades que preveía el Reglamento de Corso”. Entonces se pasaba a inventariar, reconocer y aforar la carga, con los valores de la plaza, siendo el encargado de pedir el desembarco de la mercadería, con la intervención del Ministro Tesorero, el agente o consignatario que el armador nombraba en Patagones, quien después de efectuar el depósito del valor aforado era autorizado a ingresar los efectos en los almacenes del Estado. La venta de la mercadería en pública subasta se podía efectuar luego que los Tribunales de Presas de Buenos Aires la declararan buena presa, con lo cual el consignatario pasaba a disponer de los efectos, previo pago de los derechos debidos a la Hacienda del Estado, con arreglo a la Ley General de Aduanas. (9)



Si bien el grueso de las mercancías era luego reembarcado a Buenos Aires, la subasta de las mismas permitía a los vecinos de Patagones hacerse de infinidad de artículos a precios muy convenientes.

La guerra que antes parecía lejana se transformó entonces en algo cotidiano, porque estos hombres traían en su piel la pólvora de los combates y en sus voces de tantos idiomas, crónicas de coraje descabellado. Estas cosas se contaban a viva voz en las tabernas de la ribera, desbordadas por estos ruidosos parroquianos que continuaban sus borracheras en las calles para escándalo del vecindario.

Patagones fue elegido en función de su alejamiento de la zona de influencia de la escuadra enemiga y por ser el único puerto apto para tal fin. No obstante, este puerto tenía desventajas. Su lejanía respecto de Buenos Aires hacía engorrosa la conducción de las mercancías capturadas. Los cargamentos debían ser trasladados a embarcaciones menores que pudieran burlar el bloqueo del río de la Plata o desembarcarlos en el río Salado y luego continuar hasta Buenos Aires por tierra.



La barra del río Negro, por su parte, constituía a la vez una ventaja y un inconveniente, ya que si bien limitaba el paso de una flota enemiga, siendo en ese sentido una protección natural, hacía lo mismo con los navíos propios o los que llegaban a comerciar. En condiciones adversas debían demorar días en alta mar o esperar en la Bahía de San Blas antes de intentar superar la barra.

La actividad de los corsarios en la guerra con el Brasil tuvo tres momentos: durante el año 1826 el puerto principal de recalada fue el de Patagones, habiéndose ingresado 13 presas. Durante 1827 fue el Salado habiéndose introducido sólo 5 presas al Carmen, mientras que en 1828, aunque los corsarios comerciaban sus presas en el Caribe, ingresaron al puerto patagónico 16 presas. (10)

Se puede asegurar entonces que la naturaleza de puerto de corsarios de Patagones durante todo el año 1826 fue el determinante de la decisión del gobierno brasileño de armar una flota poderosa para invadir la población.



La expedición Invasora a Patagones

Los planes brasileños

El 12 de mayo de 1826 asumió el comando de la escuadra brasileña del Río de la Plata en Montevideo el almirante Rodrigo Pinto Guedes, carente de prestigio entre sus subordinados y con la opinión pública contrariada por la falta de acción de la poderosa escuadra del sur.

Esta circunstancia habría influido entonces para decidir la expedición a Patagones, tratando de acallar las críticas que recibía el almirante Pinto Guedes, aunque existen opiniones que coinciden en afirmar que la campaña estaba incluida de antemano en el plan general de guerra del Brasil.

Cualquiera haya sido el origen de la operación, ésta se decidió con el siguiente argumento: “La expedición a la Patagonia tiene el fin de quitar a Buenos



Aires el único puerto que le queda, abrir por allí el comercio con los indios pampas, induciéndolos a que renueven los malones que acostumbran efectuar en los alrededores de Buenos Aires”. El gobierno argentino tenía plena conciencia del peligro que se cernía sobre la población de Patagones, de lo que da cuenta una circular a los gobernadores de provincia remitida por el ministro

de guerra Balcarce que rezaba: “Por noticias ciertas recibidas hoy, se sabe (...) igualmente, que en su plan (el del emperador) entra la operación de ocupar el establecimiento de Patagonia con dos mil hombres, mover los indios y unidos a

ellos invadir todas nuestras fronteras, de cuyas novedades va a instruirse puntualmente al Congreso, para con su acuerdo anticipar todas las medidas de defensa que puedan convenir". (11)

El proyecto de invasión se vio postergado por diversas circunstancias, pero en todo momento el plan siguió estando en la mente del gobierno brasileño.

Así, una expedición de ochocientos hombres partió de Río de Janeiro con destino a Patagones con el objeto de insurreccionar a los indios, pero quedó detenida en Montevideo. Esto fue comunicado por el general Alvear al Ministro de Guerra el 31 de agosto de 1826.

Más tarde el general Mansilla comunicó al Jefe del Estado Mayor del Ejército la partida de 400 hombres de tropa y 200 familias con regalos para los indios, operación que tampoco se concretó.

De todas maneras, el ministro de guerra ordenó al coronel Rauch, destacado en Bahía Blanca, que informara sobre estas acciones al comandante de Patagones a través de los indios amigos, y que hiciera todo lo posible por comprometer a éstos en ayuda militar en caso de invasión. (12)

Este panorama cargado de amenazas sirvió para dar un alerta sobre el peligro que se cernía sobre Patagones.

De acuerdo con el juicio del historiador García Enciso, el plan brasileño consistía en penetrar en el río con la escuadra, alcanzar el Carmen y mediante el poderío de los cañones de a bordo, combinándolo con un desembarco en las inmediaciones, tomar la plaza, destruir todas las fortificaciones y arrasar la población.

En las cercanías del muelle, las naves dispondrían de campo de tiro para cañonear el fuerte y el caserío, teniendo en este caso una notable superioridad en el poder de fuego, lo que virtualmente le aseguraría el triunfo.

Un desembarco en un lugar próximo al objetivo permitiría a los soldados brasileños combatir descansados y, contando con el apoyo de la artillería naval, podrían aprovechar un terreno ligeramente irregular que les proporcionaría diversas cubiertas intermedias. (13)

Las fuerzas imperiales

El almirante Pinto Guedes eligió para comandar la invasión al capitán de fragata James Shepherd, de origen inglés, con una excelente foja de servicios, que había actuado en la guerra del Pacífico a órdenes de Lord Cochrane. Desde 1823 prestaba servicios en el imperio y era jefe de la escuadra de Montevideo desde mediados de 1826.

Los otros jefes navales eran Guillermo Eyre, inglés; Luis Pouthier, corsario francés y Joaquín Marques Lisboa. Este, quien luego sería el famoso vizconde de Tamandaré, jefe de la escuadra de la Triple Alianza y luego patrono de la Armada del Brasil, contaba con sólo 19 años al momento de la invasión.

La escuadra se integró con las corbetas “Duquesa de Goyaz” e “Itaparica”, con veintidós cañones cada una, el bergantín goleta “Escudero” con cinco y la goleta “Constancia” con tres.

La expedición estaba compuesta por 32 jefes y oficiales y 581 hombres de tropa, es decir un total de 613 integrantes. Entre esas tropas, se contaban unos 250 mercenarios ingleses y norteamericanos, además de algún francés, los tripulantes de los barcos y dos hombres de mar conocedores de las costas patagónicas. Se dispuso también la asistencia de un baquiano, un negro brasileño que supuestamente conocía la zona en razón de haber sido tripulante de una de las presas tomadas por el buque corsario “Lavalleja”, al mando de Francisco Fourmantín.

El poderío naval y militar puesto en la expedición, comparado con los escasos efectivos y la poca artillería de Patagones, aparecía como suficiente para lograr la misión ambicionada por los brasileños.

La expedición partió del puerto de Maldonado a mediados del mes de febrero de 1827.



Las fuerzas nacionales

La estrategia nacional

Los elementos de juicio disponibles nos llevan a suponer que al conocerse los planes de la invasión brasileña, el mando argentino se resignó a la pérdida transitoria de su establecimiento patagónico.

Dado que no se conocía a ciencia cierta ni la envergadura de la fuerza invasora ni la fecha concreta de la invasión, si se pretendía asegurar el efectivo control de Patagones, ello habría significado inmovilizar centenares de hombres indefinidamente, ya que aún derrotados, los brasileños podían intentar un nuevo ataque, tal como luego aconteció, ya que tras ser derrotados el 7 de marzo, los brasileños retornaron en el mes de octubre.



En principio se calcularía inviable una ocupación permanente por parte del Brasil Brasil, ya que los ricos recursos salinos de Patagones no justificarían sostener tan alejados territorios, aún cuando calificados historiadores sostienen lo contrario. Según éstos, algunos estrategas imperiales podían ver como ventajosa una posición patagónica que les permitiera jaquear permanentemente al gobierno porteño.

Pero volviendo a la posición del mando argentino, la sal, tan importante como era para la economía rioplatense, no resultaba imprescindible mientras durara una guerra que mantenía bloqueado al puerto de Buenos Aires y haciendo muy dificultosas a las exportaciones de tasajo y cueros salados.

En cambio sí está expresamente planteado en la documentación de la época el papel del Carmen en la estrategia brasileña, una vez eliminada la base de corsarios. Esto es, servir de base de operaciones para la diplomacia brasileña que

trataría de insurreccionar a las tribus pampeanas y norpatagónicas, creando un nuevo frente de conflicto a las fuerzas nacionales, debilitando así gravemente sus líneas contra el Imperio.

Un dato clave para confirmar que el gobierno nacional se resignaba a la pérdida transitoria de Patagones, es la llegada a la aldea pocos días antes de la invasión del baquiano del ejército José Luis Molina junto a veintidós “tragas”, enviados por el coronel Rauch.

Como se ha visto, éste había recibido instrucciones del Ministerio de Guerra en el sentido de pedir la colaboración de las tribus amigas en caso de resultar necesario.

Si alguien estaba en condiciones de concitar la colaboración de los indios y de contrarrestar la hábil diplomacia imperial una vez caído Patagones, era precisamente Molina. Este hombre era un típico producto de la vida de fronteras. Tanto él como sus hombres eran capaces de moverse con soltura entre los indios. Se trataba de individuos que cuando sus cuentas con la justicia hacían peligrar su libertad, pasaban largas temporadas en tolderías amigas, participando incluso en malones sobre poblaciones blancas. Esta fama que arrastraban consigo, despertó el justificado recelo de Lacarra quien inicialmente se mostró reacio a aceptar los servicios del subalterno de Rauch, aunque luego le entregó armas y lo incorporó a la fuerza de caballería existente.

Afortunadamente no fue preciso que Molina echara mano al auxilio de los indios. De cualquier modo, los acontecimientos posteriores demostrarían el valor y capacidad bélica de estos hombres.

Las fuerzas locales

Al momento de la invasión, la población contaba con una guarnición integrada por una compañía de infantería de unos 153 hombres, de los cuales 43 eran veteranos de la guarnición, 100 eran africanos liberados por el corsario Fourmantín y los restantes 10 eran nueve hombres de milicia dirigidos por el coronel Felipe Pereyra que había llegado como refuerzo en mayo de 1826. Este oficial había conquistado sus galones desde soldado raso como héroe de las Invasiones Inglesas, Chacabuco, Cancha Rayada, Maipú y de la Campaña Libertadora del Perú.

Por otra parte, la noticia de que el gobierno no enviaría refuerzos precipitó la conformación de un escuadrón de caballería que, con el correr de los días llegó a contar con unos 112 vecinos armados al efecto.

En lo que a armamento se refiere, la artillería estaba en pobres condiciones y las piezas eran muy poco numerosas. Incluían 4 cañones de la batería de la boca, algunos en el cerro de la Caballada y en el cerro Rial. Otras piezas de artillería se bajaron de la goleta “Chacabuco” y se colocaron en el Fuerte, además de los pequeños buques corsarios, de pequeño porte y escaso armamento.

Cuando el coronel Pereyra se presentó en el Fuerte, trajo con él 150 fusiles, 50 carabinas, 50 sables, 1.360 tiros de fusil, 60 de carabina más 7580 cartuchos mojados e inutilizados que sólo sirvieron para disparar salvas.

Vale decir que en el momento de la invasión brasileña, Lacarra pudo armar a toda la infantería y equipar con carabinas y sables a toda la caballería, pero tanto ellos como el parque de artillería, estaban provistos con muy poca munición.

En lo referente a la flotilla naval, en ese momento estaban en el puerto de Patagones: el “Chacabuco” -en reparaciones- de la Armada Nacional, al mando del galés Santiago Jorge Bynon. En cuanto a los corsarios, se encontraban las balleneras “Hijo de Julio” e “Hijo de Mayo” y el bergantín “Oriental Argentino”. El corsario “Hijo de Julio”, aparejada como lugre y que contaba con un cañón, estaba al mando del francés Francisco Fourmantín.

El “Hijo de Mayo”, de características similares al anterior, estaba comandado por el corsario inglés Jaime Harris. Arribado a Buenos Aires en 1812, había tripulado la fragata “La Argentina” entre 1816 y 1817 a órdenes de Hipólito Bouchard. Más adelante, en junio de 1826 se le otorgó patente de corso, comandando el “Hijo de Mayo”, navío con el que capturó numerosas presas, entre ellas la sumaca “Bella Flor”, en la que viajaba como pasajero el hijo del gobernador del Estado de Río Grande do Sul.

El restante buque corsario surto en el puerto de Patagones era el bergantín “Oriental Argentino” cuyo comandante era el francés Pedro Dautant, que habiendo partido de la ensenada de Barragán en junio de 1826 y luego de capturar numerosas presas enemigas, entró al río Negro, donde lo sorprendió la invasión brasileña.

Existían en el Carmen, además de los corsarios mencionados, unas 15 presas que habían sido capturadas por ellos, de las cuales se acondicionaron para combatir la sumaca “Bella Flor”, que comandó Bynon, la goleta “Emperatriz”, que mandaba Harris y la goleta “Chiquita”, al mando de Soulin, segundo de Fourmantín, que enfermó y no pudo participar en el combate.

La actitud de los maragatos

Es de imaginar la conmoción que produjeron en la aldea los primeros rumores de invasión que comenzaron a correr en los últimos meses del año 1826. Obviamente los vecinos conocían la precariedad de medios de la guarnición. Todos habrán dado por descontado que el gobierno enviaría suficientes refuerzos bélicos. La posibilidad de que aún así se impusieran los brasileños abrió las puertas al espanto. El dilema que seguramente se planteaba era quedarse en Patagones o irse en el primer barco que saliera del puerto. Las discusiones habrán enervado toda la vida social, desde la mesa familiar, hasta las charlas en las pulperías, en los comercios y en las tertulias. El abandonar el río Negro resultaba difícil, dado que el estado de guerra hacía riesgosa la navegación marítima.



De cualquier modo, los pobladores podrían haber exigido su evacuación en alguna de las once embarcaciones mercantes que salieron del puerto de Patagones durante el año 1826, o en los primeros meses de 1827 en alguna de las naves corsarias. (15) Pero ningún documento de la época registra un movimiento inusual de pasajeros o reclamos en este sentido al comandante Lacarra. Evidentemente los altivos pobladores resolvieron quedarse en su tierra, aferrados a lo que tanto les había costado construir, en claro desafío a un enemigo cuyo número se desconocía, aunque una de las comunicaciones oficiales de aquellos días afirmaba que la fuerza invasora estaba integrada por dos mil soldados. A ese enemigo se lo peleó desde las pesadillas que comenzaron a poblar las noches de mal dormir de los maragatos.

Quien reflexiona sobre esos dramáticos momentos no puede evitar conmoverse estableciendo relaciones con el presente. Si en 1827 una población de no más de 800 habitantes, incluyendo a los militares estaba a punto de ser atacada por una fuerza que finalmente sería de 600 hombres, hoy, con una población de 20.000 habitantes, la fuerza invasora sería de 12.500 soldados. Resulta un interesante ejercicio de recreación histórica ponerse en la piel de aquellos maragatos. Por nuestra parte creemos que si mañana al prender la radio nos enteráramos de una noticia tan catastrófica, probablemente demoraríamos en huir sólo el tiempo necesario para armar un bolso.



Entonces, ¿por qué la diferente reacción hipotética de los maragatos de 1827 y los actuales? La respuesta es que el marco de circunstancias y el pasado de unos y otros, necesariamente moldea distintos temperamentos. Los hombres y mujeres de aquella época se habían endurecido enfrentando peligros cotidianos. Ya hemos señalado que si bien la aldea jamás había sido atacada por los indios, en el sector rural se daban en ocasiones pequeñas escaramuzas que podían terminar con la muerte o serias heridas de un vecino. Pero además, cuando la frontera ardía en guerra, con la consiguiente destrucción de tolderías y pueblos mejor custodiados que el Carmen, esas noticias lograban conmover a los maragatos.

No sólo se trataba de indios, porque los pobladores estaban curtidos por muchas otras situaciones de violencia real o potencial. En 1812 una sublevación realista plantó en el Fuerte la bandera española y hasta diciembre de 1814 Patagones dependió de Montevideo. Durante todo ese tiempo estuvo pendiente la amenaza de

una acción de represalia militar por parte del gobierno de Buenos Aires. En 1814, el entonces comandante del Fuerte había saqueado la población, dejando en la pobreza absoluta a un vecindario para nada próspero. Más tarde, en 1817, se habían unido presidiarios y soldados en una revuelta que obligó a las familias a escapar a los montes para salvar sus vidas. (16)

Pero las calles mismas de Patagones, harían estremecer a un vecino de la actualidad. Allí transitaban homicidas y cuatros deportados, corsarios, indios y africanos de diversas etnias con sus mil idiomas extraños y presencias inquietantes. Todos estos precedentes, todo este escenario habían contribuido a forjar el especial temperamento de los maragatos. Resulta entonces evidente que la sola condición de patagónicos en 1827 hacía de cada vecino una especie de héroe, antes de que el Imperio del Brasil pusiese a prueba una vez más su temple.

Resuelto el dilema entre irse o quedarse, restaba resolver el rol que los maragatos estaban dispuestos a desempeñar en caso de producirse la temida invasión. Aparentemente su predisposición a colaborar con las autoridades era casi nula. Por ello las preocupaciones del comandante Lacarra iban más allá de la escasez de armamento, equipamiento y tropas, por los que clamaba permanentemente al gobierno nacional. Su relación con los pobladores era bastante tensa desde mucho antes de la noticia de la invasión, según parece porque Lacarra era mucho más estricto que sus predecesores en el cobro de tasas e impuestos.

A ello se agregó el hecho de que el Comandante no había aceptado el accionar de un grupo de vecinos y funcionarios civiles que pretendía constituirse en órgano de consulta de Lacarra. Este no aceptó compartir las responsabilidades de conducción de las tareas de defensa de la población, con lo que las relaciones con la comunidad quedaron rotas. (17)



Para más el 15 de diciembre un grupo de dieciocho brasileños subrepticamente se introdujo en el puerto del Carmen y arrebató una de las naves presas por los corsarios. Lacarra que logró interceptarlos los dejó libres.

En cambio, luego de esta acción, el pequeño pelotón conducido por el juez de paz Fernando Alfaro los detuvo, conduciéndolos prisioneros al Fuerte. Las diferentes actitudes del juez y del comandante dejaron a éste muy mal parado ante los ojos de la población.

Todo parece indicar que en un primer momento los vecinos se preparaban para ser sólo angustiados testigos del choque entre dos ejércitos, confiando en que la suerte y la Virgen del Carmen los protegieran. Nadie ignoraba lo que ocurriría si el ataque brasileño llegara a desplazar el escenario bélico y los efectos de la invasión se manifestaran en el propio caserío de Patagones, no solamente sobre las tropas criollas, sino también sobre la población civil, donde hombres, mujeres y niños sufrirían los horrores de toda guerra.

El punto de inflexión en la actitud de los pobladores lo dio la noticia de que el gobierno nacional no enviaría refuerzos. La respuesta no fue el pánico y la consiguiente exigencia de evacuación. Lejos de ello, los maragatos redoblaron el vigor de su actitud. Si quedaban entonces librados a sus propias y escasas fuerzas, la respuesta era olvidar los enconos con la comandancia y poner en un puesto de combate desde el primero al último hombre y mujer.



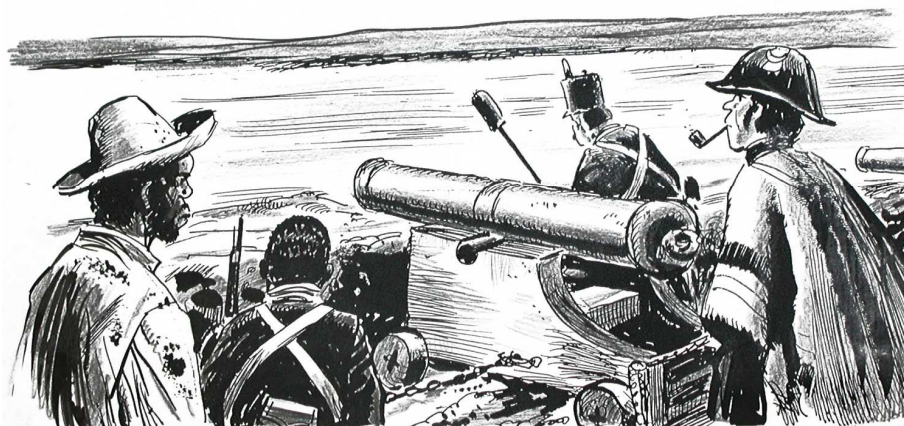
La Invasión

Enemigo a la vista (25 al 27 de febrero)

El 25 de febrero de 1827, el práctico de la boca del río, Guillermo White se presentó al comandante Lacarra y le informó haber avistado frente a la barra una goleta que enarbolaba la bandera norteamericana, aunque presumía que se podía tratar de una estratagema brasileña. Ante ello, Lacarra aprestó los efectivos y destacó al subteniente Olivera como observador en la boca del río.

La vigilancia no arrojó resultados positivos el día 26, pero el 27 se aproximó el mismo barco, seguido de dos corbetas y un bergantín que intentaron avanzar, pero la marejada frente a la barra les impidió el paso, por lo que fondearon recostados sobre la margen sur. Avisado por Olivera de tales novedades, Lacarra dispuso el traslado del coronel Felipe Pereyra a la desembocadura, junto con la infantería armada de fusiles, para ocupar la batería que meses antes construyera Jaime Harris. Con ellos se adelantaron los corsarios Dautant, Harris y Soulin, el segundo de Fourmantín y en esta emergencia al mando del “Hijo de Julio” por hallarse el francés enfermo y por ello privado de participar de la lucha. Patagones ya había derrotado al miedo y hervía de coraje.

Listo para intervenir en caso de desembarco, estaban en las cercanías el gaucho Molina con sus “tragas”, mientras en el Fuerte se preparaban las mujeres y ancianos, con palos y pistolas, vistiendo gorros colorados, para que a la lejanía fueran confundidos con soldados. En rigor de verdad lo eran por el entusiasmo y determinación que los mostraba dispuestos a todo para defender su tierra, lo que animaba a los combatientes. Junto a ellos, la infantería africana bramaba en espera de los esclavistas.



Combate de la batería (28 de febrero) *Ver gráfico 1*

A las 9 de la mañana del día 28 los hombres de la batería observan el avance de las naves enemigas impulsadas por un leve viento del sudeste. Con el “Escudero” al frente, enfilan hacia el canal de entrada al río, ondeando en sus palos la bandera argentina para engañar a las fuerzas locales.

El coronel Pereyra no cae en la celada y ordena un disparo de advertencia.



Pero los barcos enemigos no detienen su marcha, por lo que se les dispara fuego nutrido, especialmente sobre el bergantín “Escudero”. Las poderosas bocas de fuego de la nave inician a su vez el cañoneo, cubriendo con sus andanadas el débil reducto en el que luchan tenazmente y a descubierto, los morenos de Pereyra y los marinos, que ofrecen un fácil blanco, casi a tiro de pistola.

Bien pronto la batería es un infierno; dos infantes morenos y el corsario italiano Fiori caen luchando heroicamente. Sangre africana y sangre europea riegan así las márgenes del río Negro en defensa del honor de una extraña Nación y de la libertad de su pueblo.

Tras el bergantín entra la corbeta “Itaparica”, que también barre a metrallazos la pequeña batería, aniquilando el foco de resistencia republicana. Las otras dos naves quedan fuera de la barra, pues al varar, la “Duquesa de Goyaz” impide la entrada de la goleta “Constancia”.

Cuando no hay ya un solo cartucho ni pólvora que quemar en el reducto republicano, el coronel Pereyra ordena el repliegue. El tambor resuena nervioso en esa hora de desesperanza. El río y los médanos lanzan el eco hacia el fondo del desierto, que lo devuelve lúgubre y agorero. Pero los africanos, enardecidos por el fragor del combate, sienten en su sangre el llamado de la tierra lejana y se resisten a abandonar la resistencia ante quienes los habían arrancado de su tierra. Pereyra, entonces, como en un escenario mitológico, debe castigarlos a cintarazos para que respondan al tambor que tocaba retirada.



Pesadamente los derrotados se repliegan hacia la Laguna Grande, mientras la dramática noticia golpea en la población.

El río anticipa la derrota brasileña (28 de febrero al 3 de marzo)

Pese a su triunfo, las naves brasileñas no pudieron avanzar sobre la población ya que la “Duquesa de Goyaz” seguía impidiendo el desplazamiento de la goleta “Constancia”.

El 1º de marzo Pereyra entró con la caballería en Patagones, donde se le sumaron nuevos voluntarios. Al anochecer de ese día, Lacarra le ordenó que se adelantara



con la infantería y una sección de caballería a la estancia de Pepe Rial, a unas tres leguas y media aguas abajo de la población. Desde allí, el día 2 se adelantó el alférez Melchor Gutiérrez con doce de los “tragas” de Molina para realizar un reconocimiento de la batería. Advirtieron que unos 200 hombres habían desembarcado y prendido fuego al emplazamiento que tanto

había castigado la artillería imperial. Esta exploración permitió al mismo tiempo enterarse de la varadura de la “Duquesa de Goyaz”, de la inmovilidad de la “Constancia” y posteriormente además, de la “Itaparica” varada frente a la casa del práctico, sobre la costa norte.

La precaria situación de la flota imperial determinó que se decidiera armar a las goletas “Emperatriz” y “Chiquita” (presas que había tomado Dautant), “Bella Flor” (capturada por el “Hijo de Mayo”), además del bergantín “Oriental Argentino” para atacar a los barcos enemigos por separado, entretanto se hacían los preparativos, llegó la noticia de que la “Itaparica” había zafado de la varadura (sobre este dato hay dudas acerca de su veracidad), por lo que se consideró que la operación no era aconsejable. Es necesario recordar que, independientemente del porte de cada uno de los navíos, los brasileños contaban con un número de cañones muy superior al de las piezas de artillería de los defensores de Patagones.

Muy destacable resultó la tarea infatigable del capitán Santiago Bynon que se ocupó de artillar el Fuerte, junto a Lacarra, y de armar las embarcaciones secundado por los corsarios, especialmente Soulin, Dautant y Harris.

En la mañana del 3 de marzo, un fuerte viento hizo escorar y hundir a la “Duquesa de Goyaz”, que estaba varada en la barra, ahogándose 39 de sus tripulantes y siendo los restantes rescatados por la goleta “Constancia”.

Escaramuza en la Banda Sur. Las acciones previas al combate final

(4 al 6 de marzo)

El día 4 la “Constancia” realiza un desembarco en la costa sur, muy probablemente para transferir la mayor parte de los náufragos a la corbeta “Itaparica”, de mayor capacidad y al bergantín “Escudero”. Las fuerzas nacionales destacan inmediatamente una partida. Esta carga decididamente contra las tropas desembarcadas que, sorprendidas, huyen abandonando sus mochilas y botes, para ponerse bajo la protección de los cañones de la corbeta. La partida nacional se hace de los pertrechos y hunde los botes brasileños. Este pequeño triunfo no alcanza, claro está, para curar las heridas del combate de la batería, pero tonifica la moral de los patriotas. *Ver gráfico 1*

La “Constancia”, luego de redistribuir la carga y los tripulantes entre la “Itaparica” (varada) y el “Escudero”, comenzó a remontar el río Negro junto con este último para iniciar el ataque final a Patagones. Ambas embarcaciones navegaban recargadas de gente.



A todo esto, el poderío naval brasileño se había visto reducido drásticamente, considerando que la “Itaparica” y la “Duquesa de Goyaz” ya hundida, triplicaban en número de cañones a la suma de los de la “Constancia” y el “Escudero”.

Muy probablemente el jefe Shepherd esperó hasta el día 6 contando con la posibilidad de que la “Itaparica” zafara de la varadura, lo que finalmente no ocurrió. Esto seguramente no le dejó otra opción que intentar el ataque con los medios de que disponía.

El día 6 los brasileños realizaron un desembarco de exploración a la altura de la estancia de Pepe Rial, de donde el coronel Pereyra ya se había replegado. Allí aprovecharon para hacerse con víveres frescos, según dicen los partes militares.

Traducido en lenguaje corriente equivale a decir que se hicieron de una punta de ovejas.

Mientras tanto en el Fuerte se está llevando a cabo un consejo de guerra del que participan los jefes militares y corsarios y el tesorero del Fuerte Ambrosio Mitre. Las opiniones son divergentes y en más de una ocasión el nerviosismo hace levantar la voz a los protagonistas.

Santiago Bynon es firme sostenedor de la idea de ir al encuentro de las naves brasileñas y atacarlas, aprovechando su debilidad por las pérdidas que habían tenido, en tanto que Dautant se opone a realizar ese ataque, pensando que lo adecuado es esperar al enemigo con las naves acoderadas frente a la fortaleza, cuyos cañones se sumarían a la artillería de los barcos. Agregando a ello las fuerzas terrestres disponibles, actuando embarcadas o desde tierra, los republicanos contarían aquí con su máximo poder de fuego. (18)



La desventaja de adoptar esta estrategia de espera, reside justamente en una pasividad que le otorga al enemigo toda la iniciativa y en que la población será seguramente afectada por la lucha, sin contar con la posibilidad de que la “Itaparica” desencalle y se sume al resto de la flota.

Mitre también es partidario del ataque naval que sería apoyado desde tierra por la infantería y caballería que avanzarían al mismo tiempo que los barcos patriotas. Lacarra apoya también el ataque y tal opinión prevalece.



El plan de Bynon procura evitar a la población del Carmen los efectos de un combate en el que el enemigo emplearía una artillería de poder considerable, como asimismo atacar a los brasileños por partes, con la probabilidad de obtener una victoria rápida. Además el jefe naval plantea que no vale la pena esperar en la aldea especulando con el apoyo de la artillería del Fuerte, ya que su poder y alcance no son considerables.

Este curso de acción, que como quedó dicho fue el que finalmente se adoptó, tuvo en el medio una contramarcha, ya que un informe del práctico White estimaba que no era posible un ataque naval dadas las características del canal de navegación. Esto hizo que se diera marcha atrás en la decisión, hasta que el mismo Bynon realizó un reconocimiento que desvirtuó el informe del práctico.

Esto pudo tener consecuencias graves para la suerte de las armas nacionales, ya sea por la demora que hubo entre la decisión de no atacar a los barcos brasileños y el reconocimiento del río realizado por Bynon, o lo que hubiera sido peor, haber desistido de la operación en función del informe recibido.

Finalmente, el coronel Lacarra autoriza el ataque a la flota imperial. A la caída del sol del día 6, los barcos argentinos salen del puerto. Al frente va la sumaca “Bella Flor”, comandada por Bynon seguida por el “Oriental Argentino” comandado por Dautant, luego la goleta “Emperatriz” a órdenes de Jaime Harris y finalmente, la goleta “Chiquita”, con Juan Soulin como comandante. En el muelle, los maragatos sienten que se acercan los momentos decisivos.

Antes, había desembarcado otra fuerza enemiga en la ribera sur. Enarbolando bandera de parlamento solicitaron que se les vendiera carne fresca. Para intimidar a los hombres que le salieron al encuentro dijeron que la fuerza invasora contaba con más de mil soldados ingleses y alemanes. El juez de paz Fernando Alfaro que había sido comisionado por Lacarra rechazó enérgicamente la petición.



A poco de salir vara el “Oriental Argentino”, lo que demora las acciones por la obstrucción que produce en el canal. Dautant sería luego duramente criticado por haber varado su buque, ya que, conocida su postura de no atacar a la escuadra naval fuera del puerto, se pensó en una acción intencional, antes que en un accidente. Lo cierto es que permanece varado tanto el día 6 como el 7, lo que lo priva de participar en las acciones navales.

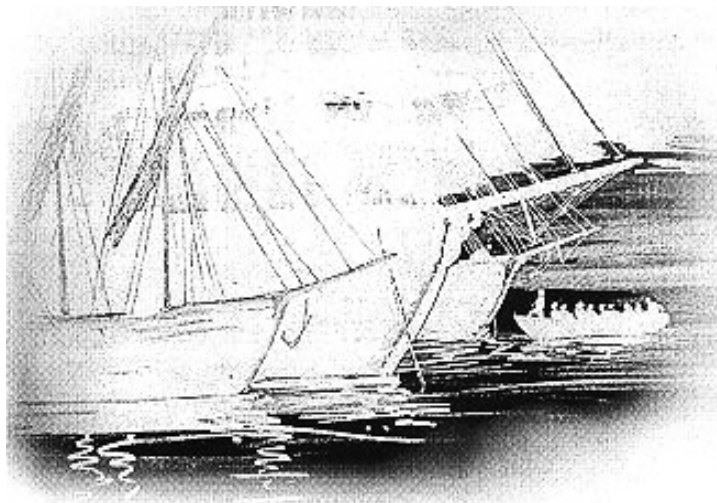
El enemigo, entretanto, a las 9 de la noche desembarca una división algo más abajo de lo de Pepe Rial, con la misión de explorar el campo. No encuentran obstáculos y se reembarcan a las 22 horas, pasando cerca de dos centinelas argentinos quienes hacen llegar la información a Olivera. Este se cerciora a través

de los exploradores que no había novedades y envía entonces a Alfaro al fuerte para retransmitir la información. A la vez, destaca un grupo de seguridad hacia el frente y deja el resto de la tropa en reposo. Muy acertada resultó la idea de mandar una avanzada de exploración al mando de Cabrera al cerro Pepe Rial, que permitió constatar el desembarco adversario. No obstante, luego el grupo se replegó hasta el Carrizal, perdiendo todo contacto con el enemigo, lo que pudo tener consecuencias muy graves para la suerte de las armas de la patria.

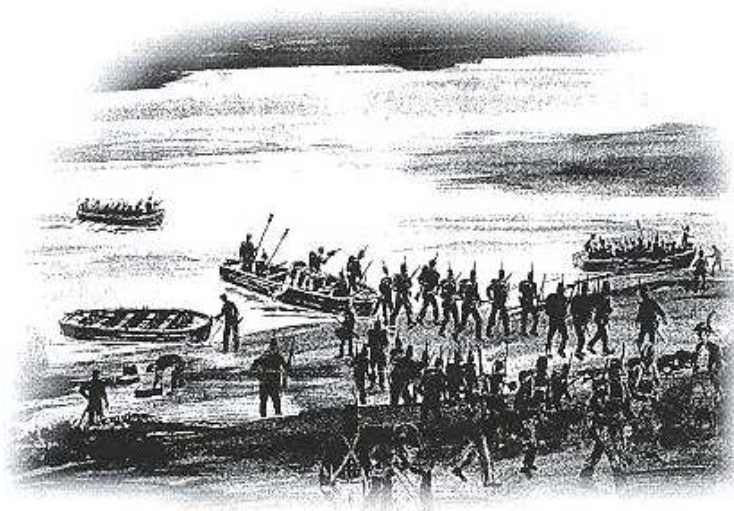
Este desembarco enemigo hace suponer que el ataque final brasileño es inminente, por lo que se decide cambiar el plan. En vez de ir en busca de las naves brasileñas se dispone acoderar los buques frente al cerro de la Caballada, desembarcar los infantes que inicialmente iban a combatir a bordo y trasladarlos al Fuerte, junto a 8 marineros que se encargarán de atender sus piezas de artillería.

Lacarra se aboca entonces a disponer esa guarnición en la fortaleza, habiendo antes adelantado hacia Laguna Grande la caballería integrada por 114 hombres, en su mayoría vecinos, junto a 22 “tragas” del gaucho Molina, todos a órdenes del subteniente Olivera. Éste destacó a un grupo de exploración a órdenes de Cabrera hasta el cerro Pepe Rial.

Mientras tanto, el inglés James Shepherd ha resuelto un drástico cambio de planes para la invasión. Comprende que no puede seguir sometido a las condiciones de las corrientes y el río. Su fuerza naval no puede ser ya la base de su estrategia. Resuelve entonces realizar una acción terrestre, con el máximo de efectivos y equipos a su disposición. (19)



La hora de la gloria



Recién se inicia el día 7. No son más de las 2 de la mañana, cuando los imperiales luego de desembarcar a unos dieciocho kilómetros del Fuerte inician su marcha por tierra hacia la población. *Ver gráfico 2*

La expedición está compuesta por unos 400 efectivos, dirigida por 11 a 13 oficiales y llevando como guía a un negro brasileño tomado de una de las presas del corsario “Lavalleja” y que por ello había estado durante un tiempo en el Carmen.

El baquiano, que no se revela muy hábil para eludir las zonas cortadas y barrancosas de la costa del río, hace internar a las columnas campo adentro hacia el norte dando un largo rodeo que los conducirá finalmente al cerro de la Caballada.

La marcha es penosa y extenuante, debiendo avanzar durante casi seis horas por un tupido monte de chañar, jarilla, piquillín, algarrobos y jume y áridos médanos.

A las cinco y media de una noche calurosa, las tropas brasileñas avanzan directamente hacia el cerro de la Caballada, a unos cuatro kilómetros de éste y habiendo sobrepasado en un kilómetro la altura de Laguna Grande, donde acampa Olivera con la caballería argentina.

En el campamento republicano, la tropa comienza a desperezarse y a ponerse en movimiento, cuando el subteniente Olivera manda a Francisco Herrero y Domingo Miguel a buscar unas reses para racionar a la tropa.

Los jinetes galopan un par de kilómetros hacia el norte y con sorpresa encuentran gran cantidad de huellas recientes de pies calzados, por lo que vuelven grupas inmediatamente para dar cuenta a Olivera de la novedad.



El subteniente mendocino se siente al borde de la catástrofe. No sabe a ciencia cierta cuántas horas o minutos hace que pasaron los invasores. Si éstos le llevan demasiada ventaja es probable que lleguen antes que sus hombres a El Carmen desgarnecido de caballería. (20)

Sin pérdida de tiempo ordena montar y a revienta caballos recorre, con los ochenta jinetes que tiene más cercanos, más de cinco kilómetros. Los hombres exigen brutalmente a sus cabalgaduras sabiendo que deben interponerse entre sus familias y el invasor.

Empero, la suerte les ha sido propicia porque la tropa nacional pasa por la angostura del cerro de La Caballada muy poco antes de que el enemigo corone su cima. Olivera dispone la tropa desplegada hacia el este de la población y destaca un pelotón de avanzada hacia el enemigo.

En tanto, los brasileños llegan al cerro, tal vez pensando apoderarse de los dos cañones que antes habían estado emplazados allí y calculando que habiendo llegado a este punto, la plaza fuerte es una conquista fácil. Pero la sorpresa es mayúscula ante la vista que se le ofrece al capitán de fragata Shepherd. Las naves argentinas acoderadas justo delante de ellos, comienzan a cañonearlos obligándolos a realizar un pequeño repliegue para evitar los proyectiles. Pero además tiene a su frente casi un centenar de hombres de caballería en formación de combate y al fondo el Fuerte coronado de infantería que en realidad está compuesta en buena parte por las mujeres y los ancianos con los gorros rojos de soldados. Es la cabal imagen de una plaza fuertemente armada.



Mitre nos cuenta que son y las seis y media de una mañana clara y diáfana. Los rayos del sol se reflejan en las armas. Los pobladores que tienen al Fuerte como atalaya contienen el aliento. Olivera toma la iniciativa y ordena disparar a los tiradores que tienen armas de chispa y cargar

con sus sables al resto. Shepherd advierte tardíamente el error de haberse separado de las dos naves que aún tenía disponibles. Angustiado ordena la retirada para tratar de alcanzar a las goletas “Constancia” y “Escudero” confiando en llegar a tiempo para defenderlas con éxito.

Pero el inglés no volvería a ver el río. Una bala penetra en su cuello y le sale por la nuca. Queda tirado allí, abandonado por sus soldados que se retiran en completo desorden.

En sus últimos instantes de vida, uno de los defensores, al parecer un “traga” de Molina, le arrebató de un dedo un anillo al que Shepherd estima tanto que gasta sus últimos segundos de vida en defenderlo.(21)

Al sufrir la baja de su comandante, las tropas brasileñas quedan al mando del capitán teniente Guillermo Eyre y siguen su retirada perseguidas implacablemente por la caballería patriota que carga por el flanco derecho, impidiendo el acceso al río de los sedientos soldados imperiales.

El flanco izquierdo, en pocos minutos se transforma en un infierno. El campo cubierto de arbustos y gramíneas reseca por el sol, es incendiado por José Luis Molina y sus paisanos, hombres avezados en estas luchas y ardides. Favorecidas por el viento que sopla del oeste, las llamas van encerrando a los perseguidos que no tienen espacio para reordenarse.



Las características del terreno favorecen a los infantes brasileños, ya que quedan enteramente cubiertos por los arbustos que los hacen menos visibles, mientras que los patriotas, al luchar montados ofrecen medio cuerpo como blanco. Pero ello no hace menos crítica la situación de los imperiales, ya que al cansancio, a la sed desesperante y a las bajas sufridas, se le suma el acoso de los jinetes argentinos que no les dan tregua.

Mientras tanto, a poco de iniciado el combate en el cerro, los jefes navales argentinos observan que la suerte se está decidiendo a favor de las armas patriotas. Sabiendo que sus cañones no son eficaces por la distancia a que se desarrolla el combate levantan anclas. Favorecidos por el viento del oeste se lanzan aguas abajo en busca de los barcos enemigos.

Apenas han zarpado cuando el buque de Dautant encalla nuevamente, por lo que el resto de la flotilla sigue dejando varado al “Oriental Argentino”. Gracias al viento favorable y al impulso de la corriente, en aproximadamente dos horas navegan algo más de 20 kilómetros llegando a la altura de las embarcaciones brasileñas.

Bynon encabeza el convoy con la “Bella Flor” seguido por Soulin y Harris con sus buques. Alrededor de las diez de la mañana, Bynon se acerca a la “Escudero”, que lo recibe con el fuego horroroso de sus cañones, a pesar de lo cual aquél sigue avanzando sin arredrarse hasta poder atacarla con fuego cerrado de fusilería, ya que por el viento y la corriente no podía maniobrar para enfrentar sus propios cañones al enemigo. *Ver gráfico 1 (22)*

La “Emperatriz”, que sigue a la “Bella Flor” fondea al llegar al lugar de la lucha en tanto que la “Chiquiña” ya se acerca rápidamente con sus velas hinchadas para sumarse al combate. En ese momento, el capitán de la nave imperial “Escudero”, Clemente Pouthier cae herido, perdiendo además su cañón giratorio a causa de la metralla de los patriotas. Los tripulantes se apresuran a izar la bandera de capitulación, pero antes deben amarrar a su jefe que, como un león, no quiere rendirse ni aún herido.



Al ver la suerte de la “Escudero”, la “Constancia” se lanza aguas abajo aprovechando el viento, buscando encontrarse con la “Itaparica”, varada a unas 9 millas. Entretanto Bynon aborda a la “Escudero” y la retripula con su propia gente.

Harris se lanza en persecución de la “Constancia”, disparándole su cañón giratorio. El río Negro sigue siendo una trampa mortal para los brasileños, ya que a poco andar, encalla ahora la “Constancia”.

Cuando Harris se lanza al abordaje, parte de la tripulación brasileña intenta rendirse.

El teniente Joaquín José Ignacio, desesperado por la derrota que ve inminente, pero más aún por salvar la honra de su pabellón acuchilla al marinero que intenta arriarlo.

Inmediatamente, ya reducido Ignacio, se rinde una lancha repleta de soldados y marineros de la “Constancia” que intentaban fugarse. Son las 11 de la mañana. Es decir que en el término de una hora se han capturado las dos naves brasileñas que no estaban encalladas, una por Bynon y la restante por Harris.

Mientras tanto, los infantes brasileños son perseguidos por Olivera y sus jinetes. Exhaustos, sedientos y ahogados por el humo del campo incendiado, están en el límite de sus fuerzas, cuando llega a las filas de las fuerzas argentinas la noticia traída por un explorador de que los navíos brasileños se han rendido. Olivera ordena disparar una salva y tres gritos de ¡Viva la Patria!. *Ver gráfico 2*

El enemigo, al escuchar la algarabía de los argentinos intuye que no hay buenas noticias para ellos. De cualquier modo dudan cuando Fernando Alfaro, siguiendo órdenes de Olivera los intima a rendirse. El jefe brasileño responde que lo hará si se le asegura que ya lo han hecho sus buques. Olivera, con extremo pundonor militar, no se aprovecha de la situación y ordena a Manuel Alvarez dirigirse hasta la ribera del río a confirmar las noticias. Pero la tropa imperial está tan desesperada de sed que algunos hombres lamen el sudor de sus caballos para mitigarla. Por ello presionan a su jefe que se rinde sin esperar el parte de Alvarez sólo a cambio de agua.

Las arrogantes fuerzas imperiales, amargamente ven avanzar a su jefe que rinde su espada ante el subteniente Olivera, a quien rodean sus bravos oficiales de milicias Fernando Alfara, Juan José Rial, Antonio Cabrera, Benito Vázquez y el capitán de baquianos Molina; detrás de ellos, en tensa expectativa, están los “tragas” y vecinos, entre los cuales se destacan Guerrero, Murguiondo, Pita, Araque, García, Guardiola, Otero, Calvo, Carro, Pinta, Valer, Maestre, Martínez, Miguel, Román, Herrero y Bartruille.



Según el parte de Lacarra, se rinden ante los argentinos 11 oficiales y 306 soldados.

El resto ha quedado en el campo de batalla.

Una vez reducido el enemigo, el fiero coraje de nuestros criollos da paso al sentimiento de humanidad para ayudar al enemigo exhausto y sediento. Los brasileños son conducidos de inmediato a la barranca de Los Loros para saciar su sed con el agua fresca del río Negro. Algunos hombres deben ser llevados en la grupa de los caballos criollos dada su penosa condición física.

Inmediatamente un joven de dieciséis años, Marcelino Crespo, sale a todo galope hasta la aldea para anunciar a los ansiosos vecinos el resultado de la contienda terrestre. Desde el atalaya del Fuerte se lo ve entrar por el camino de las quintas del Bañado. Todos se precipitan a su encuentro, pero no precisan escucharlo porque sus cabellos desordenados y su inmensa sonrisa rodeada de tizne y sudor componen una antorcha de triunfo. La historia lo inmortalizó como “El Mensajero de la Victoria”.

¡Un combatiente de dieciséis años! Quién puede dudar que los maragatos se han jugado por completo para enfrentar al invasor.



En el río, entretanto, se escriben las últimas páginas de esta gesta heroica. Capturados los dos buques brasileños que estaban en capacidad de movilizarse, quedaba aún la “Itaparica” varada, con 110 marineros y soldados dirigidos por 19 oficiales.

La escuadra argentina, procede a marinar la “Escudero” y la “Constancia” con hombres de Bynon y Harris, respectivamente, luego de hacerlos zafar de su varadura, tarea que demanda varias horas. Contando ahora con cinco barcos, se lanza en un último y heroico esfuerzo a la caza de la imponente “Itaparica”, que aguardaba en la boca del río con sus 22 poderosos cañones.

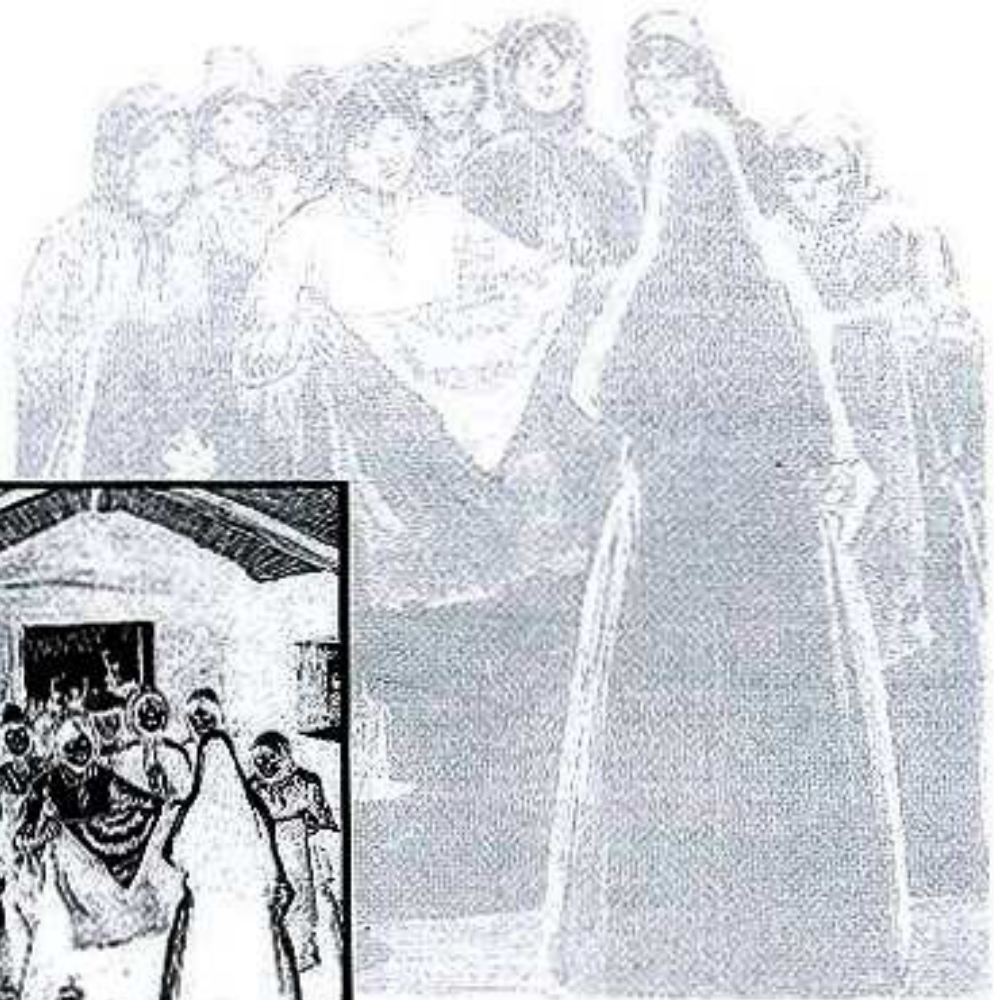
Caía la tarde de ese glorioso 7 de marzo, cuando ante los ojos de los tripulantes de las naves argentinas aparece la corbeta imperial, comandada por el segundo de a bordo Joaquín Pecurario, por ausencia del capitán teniente Guillermo Eyre, quien se había rendido en tierra horas antes.

Bynon despliega sus buques en abanico alrededor de la corbeta enemiga y la intima a rendirse. Como respuesta Pecurario ordena abrir fuego, pero sus marineros y oficiales no le obedecen, por lo que se rinde con la condición de que él y sus hombres sean tratados como prisioneros de guerra. A continuación, salta a bordo de la "Itaparica" el oficial Juan Bautista Thorne -de origen norteamericano- quien arría de inmediato el pabellón de guerra brasileño.

Son las 10 de la noche cuando termina el último acto de la frustrada invasión a Patagones.

La noticia hace desbordar la alegría que ya corría por las calles de la aldea. Las banderas tomadas al enemigo son depositadas en el altar de la Virgen del Carmen. No tienen dudas los maragatos de que su coraje no habría sido suficiente para lograr semejante proeza sin el auxilio de su Patrona.





Anexo

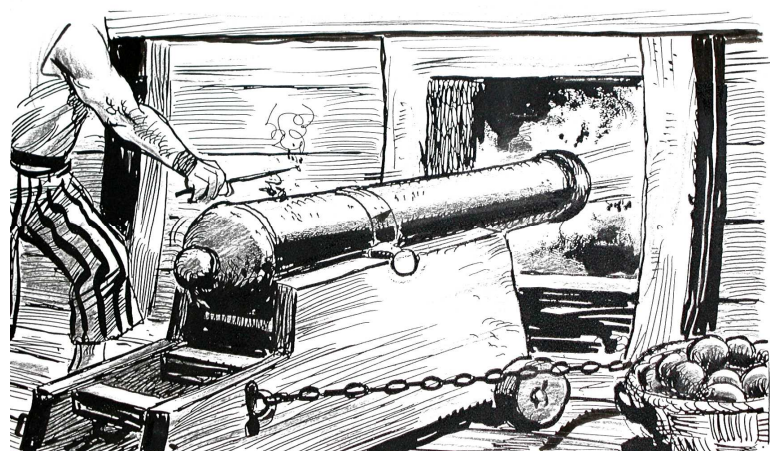
La guerra con el Brasil y la Independencia de la banda Oriental

Las acciones militares

Inicialmente, la posición del imperio fue más ventajosa: contaba con un ejército poderoso y una marina considerable que dominaba el Río de la Plata, Montevideo y Colonia del Sacramento. Sin embargo, los rebeldes orientales, después de imponerse en el combate de Sarandí, controlaban la zona rural.

El ejército de observación de la provincia de Buenos Aires, al mando de Martín Rodríguez, se concentró en Concepción del Uruguay, para marchar luego al territorio oriental. Creado el Poder Ejecutivo Nacional, Alvear, ministro de guerra de Rivadavia, tomó la jefatura y reorganizó las tropas nacionales.

Las fuerzas argentinas invadieron el estado de Río Grande; después de ven-



cer en los encuentros parciales de Ombú y Bacacay, obtuvieron el triunfo de Ituzaingó (20 de febrero de 1827), pero la falta de recursos y caballos la impidieron perseguir al enemigo y emprender nuevas acciones ofensivas para definir la contienda.

En cuanto a las acciones navales, en el Río de la Plata la superioridad brasileña era indiscutible; el bloqueo paralizó el comercio de Buenos Aires. Para poner fin a esta situación, el gobierno argentino reorganizó la Escuadra bajo las órdenes del marino irlandés Guillermo Brown. (1)

Las naves brasileñas atacaron la flota argentina en Los Pozos, pero fueron rechazadas. El encuentro de mayor importancia se libró en Juncal (9 de febrero de 1827) donde la flotilla imperial quedó destruida y el bloqueo fue momentáneamente levantado.

Un ataque brasileño a Carmen de Patagones, en el cual los lusitanos cifraban grandes esperanzas, terminó en el fracaso más rotundo a pesar de la abrumadora superioridad militar de los invasores. Simultáneamente se desarrollaba la guerra de corso frente a las costas de Brasil.

Todas estas acciones constituían un triunfo virtual de las armas rioplatenses y un desequilibrio de la posición del Imperio, pero la falta de recursos, sumada a la indecisión de Buenos Aires, impidió una definición de la contienda por la vía militar, por lo que se la buscó entonces en el campo diplomático.

La mediación británica y la misión García

Los intereses británicos se vieron seriamente afectados por la paralización del comercio, en tanto que su concepción geopolítica no aceptaba el dominio de un solo estado, en este caso la Argentina, en el estuario del Río de la Plata. Sus objetivos se centraban en lograr la libre navegabilidad de este curso fluvial, factor clave para su comercio, y frenar la expansión tanto de Brasil como de la Argentina. Con la finalidad de mediar fue enviado Lord Ponsomby, quien comenzó a trabajar por una solución que aparecería como intermedia para los beligerantes pero que era corolario perfecto para sus ambiciones: la independencia de la Banda Oriental, es decir la creación de un estado -tapón, una verdadera cuña entre la Argentina y los lusitanos. En un principio la solución fue rechazada ya que la opinión pública confiaba en la victoria militar.

Sin embargo, la ya mencionada falta de recursos y el levantamiento de las provincias contra la autoridad de Rivadavia impusieron el criterio de lograr la paz. El presidente envió a Manuel



García al Brasil para gestionarla; sus instrucciones indicaban que debía llegarse a ella sobre la base del reconocimiento de los derechos argentinos o la independencia de la Banda Oriental.

García, contraviniendo las instrucciones, firmó un acuerdo preliminar que reconocía la soberanía del Imperio sobre la Banda Oriental, comprometía a las

Provincias Unidas a desarmar la isla Martín García ya pagar una indemnización de guerra. El convenio fue rechazado por el presidente Rivadavia, quien posteriormente presentó su renuncia. (2)

El fin de la guerra

El gobierno de la provincia de Buenos Aires, ejercido por Manuel Dorrego, se manifestó partidario de proseguir la lucha, pero el agotamiento financiero, la negativa del Banco Nacional de contribuir a la continuidad de la guerra y la presión británica lo obligaron a aceptar la mediación. Por su parte, Juan Antonio Lavalleja comenzó a trabajar secretamente por la independencia del territorio oriental.

La misión de Tomás Guido y Juan Ramón Balcarce firmó el 27 de agosto de 1828 una nueva Convención Preliminar de Paz, luego ratificada por la Convención de Santa Fe, donde se disponía:

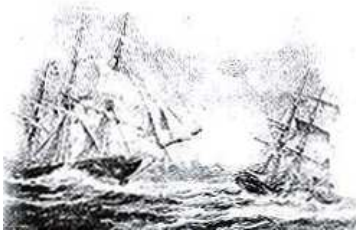
- Los Estados firmantes reconocían y garantizaban la independencia de la Banda Oriental.
- Cesaban las hostilidades y se evacuaba el territorio oriental.
- Se reconocía la libre navegación del Río de la Plata para los firmantes, durante un lapso de 15 años.
- En la nueva república se establecía un gobierno provisional, hasta su organización definitiva. (3)

Segundo Intento de Invasión San Blas, octubre de 1827

Los prisioneros brasileños

Luego de la frustrada invasión de febrero y marzo de 1827, el Fuerte del Carmen quedó como prisión de los oficiales y soldados brasileños. El 13 de agosto de ese año fueron embarcados en el bergantín “Ana” unos 300 prisioneros, en un convoy que integraban además, las corbetas “Itaparica” y “Chacabuco” y el

bergantín “Escudero”. Eran transportados a Buenos Aires para luego trasladarlos a Tandil, en la frontera con los indios, su destino final.



En razón de la gran cantidad de bancos del río Negro, el convoy naval encalló en reiteradas oportunidades antes de llegar a la boca del río. Estos incidentes distrajeron a la tripulación de uno de los barcos que los conducía. Los brasileños supieron aprovechar la oportunidad y se apoderaron de la nave, dirigiéndose rápidamente a Montevideo que en esos momentos todavía estaba en poder del imperio.

Encabezó este golpe de mano el comandante Guillermo Eyre, capitán de la “Itaparica” y jefe de las tropas brasileñas tras la muerte de James Shepherd el 7 de marzo. El hábil golpe permitió la huida de 91 prisioneros, entre oficiales y tropa. (4)

La revancha que no pudo ser

Una vez arribados a Montevideo, Eyre, como militar de mayor graduación se presentó ante el barón de Villa Bella, gobernador de la Provincia Oriental. Ante el funcionario imperial, Eyre justificó el desastre brasileño del 7 de marzo y curiosamente, logró convencerlo de realizar una segunda expedición a Patagones, más precisamente a San Blas, para apresar o eventualmente destruir un barco corsario que se estaba armando en dicho lugar. Luego de ello, se podría intentar un ataque a Patagones para vengar la afrenta de Marzo.

El plan de Eyre fue aprobado, confiriéndosele el grado de capitán de fragata y poniéndolo al mando de la operación. La flota brasileña se integró con la corbeta “Maseye”, los bergantines “Caboclo”, “Independencia o Muerte” y otros navíos menores.

El 25 de septiembre zarpó la expedición desde el puerto de Montevideo, siendo avistada el 18 de octubre en San Blas por naves argentinas que logran huir de sus cañones en medio de una tormenta que ya se tomaba peligrosa.

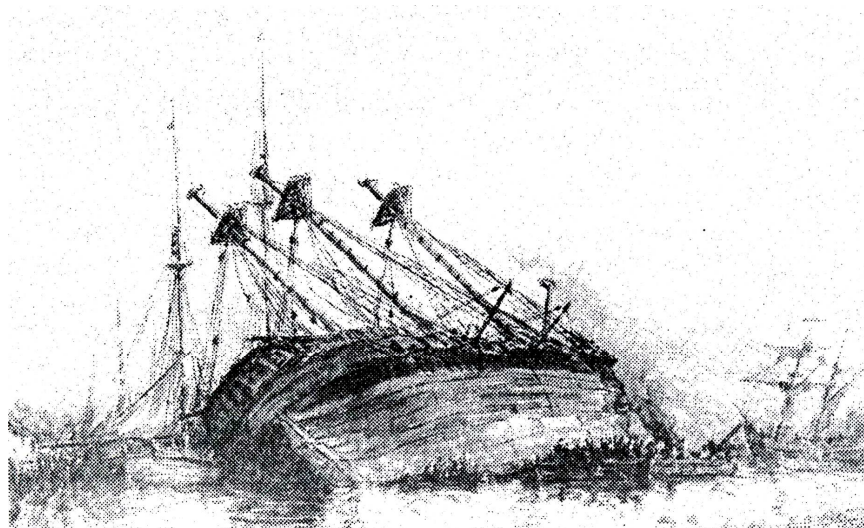
La noticia llegó al Fuerte del Carmen, donde rápidamente se dispuso la defensa por parte del coronel Rojas, a cargo de la comandancia. Este dejó a Sebastián Olivera al mando y se dirigió a San Blas a observar los movimientos del enemigo.

El coronel Rojas llegó a San Blas el día 22 de octubre. Ante sus ojos se desplegó un espectáculo imponente, casi dantesco. En el informe posterior refiere haber encontrado a la corbeta “Masaye” destrozada, al igual que el bergantín “Independencia”. El “Caboclo”, el único en salvarse de la tempestad, se dirigió probablemente a Montevideo a llevar el parte del nuevo fracaso imperial.

Como resultado del nuevo desastre brasileño quedaron prisioneros 2 jefes (entre ellos el capitán de fragata Eyre), 4 oficiales y 78 hombres de tropa, pereciendo ahogados aproximadamente 50.

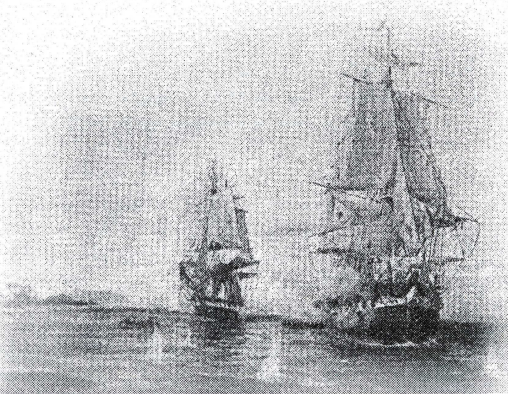
El naturalista francés Alcides D'Orbigny visitó estas tierras en 1829 y en su recorrida por San Blas se encontró con restos del desastre ocurrido dos años antes, y así lo describía: *“Entre los restos se distinguían los de la corbeta “Masaye”, que tenía ante mis ojos. Es imposible describir la impresión de tristeza que me dejó la vista de estos restos, sobre todo al pensar que tantos hombres habían sido víctimas al mismo tiempo, lo que demostraban algunos esqueletos humanos diseminados por la playa. Me alejé de ese afligente espectáculo y regresé a la estancia.”* (5)

El mar y su furia fueron en esta ocasión el aliado natural de Patagones y celoso guardián de su libertad, esa libertad tan cara al sentir del pueblo de Patagones, y pudo así castigar impiadosamente al osado invasor imperial que, entre gritos de espanto y rugir de olas, vio hecha trizas su quimera de revancha.



Corsarios y piratas

Resulta bastante común confundir corsarios y piratas. El cine anglosajón contribuyó a afirmar el error, a través de innumerables películas producidas en los años '50 y que aún hoy, de tanto en tanto vemos por televisión. En ellas, los héroes son apuestos piratas - corsarios ingleses y los villanos, invariablemente españoles.

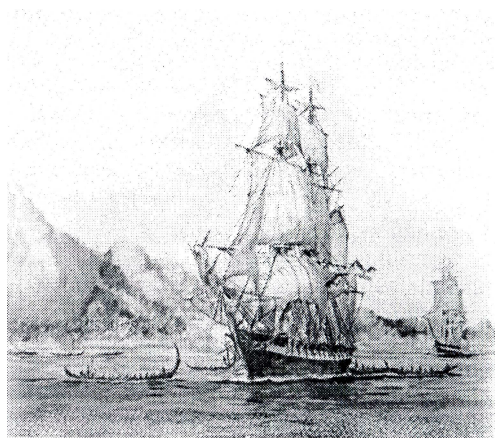


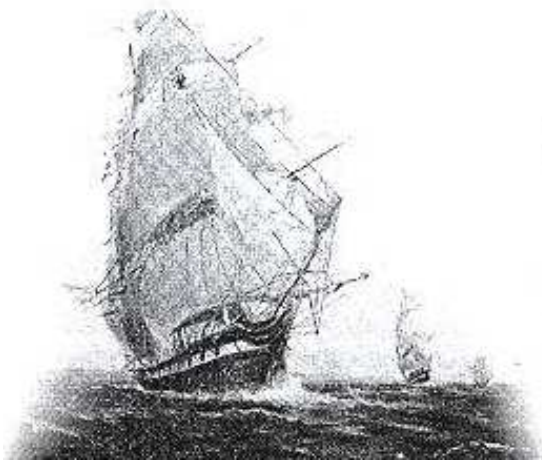
Corsarios y piratas tenían en común su condición de aventureros de los mares que vivían fundamentalmente de lo que les reportaba su capacidad para hacerse del botín que transportaban naves y poblaciones costeras a las que veían vulnerables. La diferencia residía en que el corsario actuaba de acuerdo con una “patente” o autorización que le otorgaba un determinado país para que atacara los barcos y fortificaciones de otra nación con

la que se encontraba en guerra. Una vez que el corsario llegaba a puerto con una “presa”, es decir con un barco enemigo capturado, se realizaba un “tribunal de presa” que juzgaba si el corsario se había ajustado o no a las normas internacionales que reglaban esta actividad. Fundamentalmente les estaba vedado atacar barcos de naciones que no estaban en guerra con aquella que les había otorgado la patente. Tampoco podían dañar a civiles -aunque obviamente sí les arrebataban sus pertenencias-, debiendo mantener especial consideración con los niños y mujeres.

El pirata, en cambio, atacaba al barco o población que veía vulnerable, sin importarle su bandera. Por supuesto que el respeto por los civiles, fueran mujeres o niños los tenía sin cuidado. Por ello, los piratas eran considerados delincuentes internacionales, perseguidos por todos los países.

En la segunda mitad del siglo XVI, España Inglaterra sostuvieron una prolongada guerra por el dominio de los mares, conflicto que terminarían ganando los británicos.





En ese marco, la reina Isabel I de Inglaterra tomó una medida audaz que le brindaría extraordinarios resultados: amnistió a los piratas británicos y les otorgó el estatuto de corsarios, perdonándoles así mil actos de pillaje, muertes y violaciones. El más destacado de estos inescrupulosos y temerarios aventureros fue Francis Drake. Su accionar en el Caribe y en las posesiones hispanas de la costa del Pacífico fue tan devastador para España y redituable para Inglaterra, que la reina Isabel lo nombró caballero, pasando a ser en adelante Sir Drake.

Pero lo concreto es que tanto éste como los restantes “corsarios” ingleses, eran en realidad piratas legalizados por su país que sólo atacaban posesiones españolas, actuando en tales casos sin el menor respeto por las normas internacionales que sujetaban a los corsarios.

Los Corsarios en la guerra de independencia

La concesión de patentes de corso, no era un arbitrio nuevo para la Argentina, ya que durante la guerra de independencia nuestro país había echado mano al recurso de la guerra de corso contra España hasta el año 1819, habiendo actuado en tal campaña unos cuarenta corsarios. (6)

Una vez eliminado el poder realista en Montevideo en 1814, y asegurado el flanco atlántico, la escuadra de Brown se desarmó y sus barcos fueron vendidos. Como el estado de guerra con España proseguía, se decidió otorgar patentes de corso de acuerdo con las prácticas internacionales de la época, para atacar el tráfico mercante español. (7)

La primera expedición corsaria fue encabezada por Guillermo Brown, secundado por Hipólito Bouchard entre 1815 y 1816. La misma resultó extraordinaria por la audacia y el valor desplegado por estos marinos.

La expedición zarpó desde Buenos Aires, luego de un azaroso cruce por el Cabo de Hornos bloqueó el puerto de El Callao, en poder de los españoles. Luego de ello, temerariamente intentó tomar el puerto de Guayaquil que contaba con una poderosa artillería, por lo que el heroico intento fracasó y Brown fue tomado prisionero. Libre al fin, el corsario siguió incursionando contra barcos españoles y en las Antillas le fue confiscado el buque para despojarlo de su rico cargamento, bajo la acusación de piratería. Brown apeló en Inglaterra y la sentencia le resultó favorable. (8)

Las patentes se extendieron de manera creciente, y el accionar de los corsarios alcanzó muy pronto hasta la misma costa española, acarreado desastrosas consecuencias al tráfico marítimo de España. La correspondencia oficial española era sistemáticamente interceptada y remitida inmediatamente a las autoridades argentinas en Buenos Aires.

Con referencia al accionar de los corsarios, que en muchos casos excedía el marco de la estricta reglamentación a que debían sujetarse, un periódico norteamericano del 3 de octubre de 1818 diferenciaba claramente la conducta de los que llevaban bandera argentina: “... *no ha habido barco que se haya conducido con mayor propiedad que los que tienen patentes regulares de Buenos Aires.*” (9)

Habiendo regresado Hipólito Bouchard al Río de la Plata, en los primeros meses de 1817 armó la fragata “La Argentina” para realizar la campaña corsaria más memorable de nuestra historia y que se cuenta entre las más notables de las de la época de los veleros. Su nave desplazaba 464 toneladas, portaba 42 cañones de 8 y 12 pulgadas y estaba tripulada por 450 hombres. (10) Además de su comandante Bouchard y el segundo Sommer, contaba con once oficiales, entre ellos un guardiamarina de 15 años, Tomás Espora, llamado a convertirse en uno de los más grandes marinos que daría nuestra patria. (11)

La Argentina, llegó a Madagascar donde atacó a buques negreros. Siguió luego hacia Java, donde perdió parte de su tripulación víctima del escorbuto, luego hacia Filipinas, donde apresó o hundió en dos meses dieciséis buques. Luego de destruido el tráfico comercial en las Filipinas, Bouchard enfiló a Hawai, donde rescató una corbeta corsaria argentina de la que se había apropiado una tripulación sublevada para realizar actos de piratería.



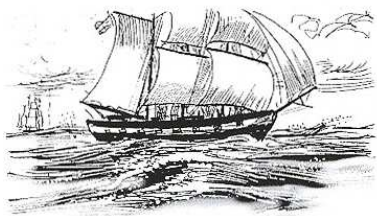
“La Argentina” a la que se sumó la “Santa Rosa”, se dirigió a las costas de California. En la bahía de Monterrey tomaron por asalto la fortaleza y se apoderaron por varios días de la plaza. Luego siguieron sembrando el pánico en las costas californianas y centroamericanas.

Navegando hacia el sur, siguió tomando buques españoles, a dos de los cuales convirtió en auxiliares. La campaña terminó en Valparaíso, donde arribó el 9 de julio de 1919, a dos años de su comienzo y luego de dar la vuelta al globo terrestre. Más tarde ambas naves participaron en la expedición que el general San Martín llevó al Perú en calidad de transporte, cupiéndole a la nave de Bouchard la honrosa misión de llevar a bordo al Regimiento de Granaderos a Caballo.

La guerra de corso contra el Brasil

El primero de los corsarios que se hizo a la mar fue Francisco Fourmantin, con el “Lavalleja”, que ya había tomado posición en alta mar antes de la declaración de guerra. Hizo en total unas cuarenta presas, paralizando el tráfico entre los puertos del litoral brasileño. (12) Luego fue el galés Jaime Harris, comandando al “Hijo de Mayo”, el que incursionó por el sur del Brasil, donde, entre otras presas, capturó a la “Bella Flor”. Un casi gemelo del barco de Harris, el “Hijo de Julio”, en octubre de 1826 zarpó hacia Santos al mando de Fourmantin, donde capturó seis presas antes de caer prisionero de los brasileños a finales de 1827, logrando fugarse del pontón donde estaba alojado en marzo del año siguiente.

Las costas brasileñas y las del Plata serían también testigos de las hazañas de César Fournier, el más temido corsario, a quien los diarios brasileños llamaban “rayo exterminador”. En 1826 estaba al mando de una pequeña goleta, la “Profeta



Bandarra”, con la que apresó varios mercantes frente al Río Grande. Al eludir un ataque de dos navíos de guerra enemigos, su buque tocó fondo y se hundió. Llegado a Maldonado, con apenas veinticuatro marineros y un bote, en la noche del 21 de setiembre de 1826 tomó por asalto a la goleta “Leal Paulistana”, de la marina de guerra

brasileña. Con ella cruzó temerariamente frente a los barcos enemigos en Banco Chico y el 26 se encontraba a la vista de Buenos Aires. Todo el pueblo acudió para ver un buque brasileño que pretendía forzar el cerco defensivo del puerto, pero de

pronto izó bandera argentina y saludó con veintiún cañonazos. En marzo de 1827, con una embarcación muy pequeña asaltó el buque inglés “Florida”, que andaba a la caza de lobos marinos, lo rebautizó “Revenge” y con dos cañones verdaderos y ocho simulados de madera, hundió siete buques, remitió cuatro a puertos argentinos, otros dos se hundieron y dos fueron re capturados por el enemigo, con lo que las presas sumaron quince en total. Zarpó en agosto de 1827 de Buenos Aires al mando del bergantín “Congreso”, el mejor buque de la escuadra y se mantuvo dos meses a la vista del puerto de Río de Janeiro tomando presas e incendiando buques, sumando veinticuatro entre todas ellas. De una audacia inaudita, llegó a urdir un plan - finalmente abortado- para tomar prisionero al



Emperador del Brasil en el Jardín Botánico de Río, donde Pedro I solía pasear sin escolta. Con el bergantín “Congreso”, de dieciocho cañones, atacó un convoy mercante al que escoltaba la fragata “Paula” de sesenta y cuatro cañones a la que hizo encallar y luego se perdió. Le salió al encuentro el bergantín de vapor “Fulton”, al que cañoneó y destrozó una de las ruedas de propulsión. Luego entró al puerto de Bahía con bandera norteamericana, cambiando con la plaza el saludo de práctica y fondeó junto a la fragata de guerra “Thetis”. Al día siguiente, el buque visitante había desaparecido, y con él, la fragata brasileña, que Fournier tomó al abordaje con seis botes durante la noche. En esa campaña capturó también al bergantín “Harmonía dos Anjos” al que llevó al Río de la Plata, pero al varar en la Ensenada ambos buques cayeron en poder de los bloqueadores.

En el caso de los corsarios en la guerra contra los imperiales existe una relación entre el auge de esta actividad y su repercusión en la escuadra nacional. El éxito inicial de la guerra del corso el enorme perjuicio causado al tráfico de ultramar brasileño, el entusiasmo patriótico que las hazañas de estos marinos despertaban, hicieron que se dedicaran a esta actividad firmas y capitales que por lo general se destinaban a otras empresas. Creció entonces el número de corsarios y su actividad frente a las mismas costas del Brasil, de manera que el imperio dedicó fragatas y

bergantines para contrarrestarlo, organizó el tráfico en convoy y autorizó a navíos extranjeros el transporte normalmente reservado a naves mercantes de bandera nacional.

Otro recordado corsario fue el norteamericano Jorge Dekay, que combatió en la guerra con el Brasil al mando del “Coronel Brandsen” de ocho cañones y cuarenta y cinco hombres. Este corsario llevó a cabo una hazaña extraordinaria, al capturar al bergantín brasileño “Cacique”, de veinte cañones y ciento veinte hombres. Más adelante luchó cerca de Buenos Aires con dos goletas, de las que capturó una. En junio de 1827, en lucha con el bergantín “Níger” sufrió graves averías en su barco, por lo que, en lugar de rendirse lo hizo encallar continuando el combate hasta agotar la pólvora, luego de lo cual buscó refugio en tierra.

Los corsarios mencionados, lo son en mérito de ser protagonistas de acciones de carácter extraordinario y con ribetes de leyenda, que no por ello opacan la actuación de otros como Soulin, Harris, Dautant, Sinclair, De Forest y otros que también supieron destacarse y rayaron a grandes alturas.

Los desaciertos militares

Los errores brasileños

Ambos bandos cometieron errores en el curso de las acciones bélicas. Por el lado brasileño sobresale el cometido por su alto mando en la misma concepción del plan de invasión.

Como se ha dicho el mismo consistía básicamente en recorrer los 30 kilómetros que mediaban entre la desembocadura del río Negro y la población, reducir la resistencia más importante valiéndose del poder de su artillería y desembarcar a continuación a la infantería.

Pero hacer esto sin contar con un excelente baquiano del río Negro constituyó un despropósito. Si, como se ha visto, hasta las naves locales encallaron en más de una ocasión en el curso de las acciones bélicas, sólo un milagro habría evitado lo que terminó ocurriendo. La nave más importante, la “Duquesa de Goyaz” terminó hundida llevándose consigo a decenas de hombres. La que le seguía en poder bélico, la “Itaparica”, varó más tarde, quedando inmovilizada en el momento decisivo de las acciones navales.

Al no disponer de un práctico de río, habría resultado más atinado desembarcar en la desembocadura el mismo día 28 y marchar a la par de las embarcaciones disponibles sin demorar el ataque esos seis días. En tal caso se debería haber conformado una fuerza de infantería más sólida, al saber que no se podía contar con seguridad con la artillería naval dado el desconocimiento del río y el consiguiente peligro de varadura.

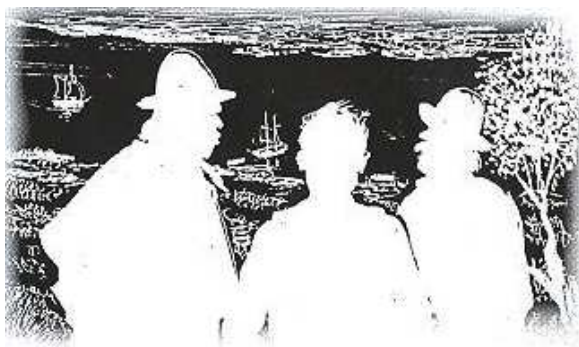
La imposibilidad de seguir transportando las tropas por vía fluvial, llevó a Shepherd a desembarcarlas y conducir las por un largo, accidentado y extenuante trayecto. Cometió entonces el error de hacer marchar a sus hombres sin tener a la vista a las dos naves que aún estaban en condiciones de desplazarse -el “Escudero” y la “Constancia”-. De acuerdo con García Enciso, ...“Se considera más ventajosa la idea de avanzar con las dos naves disponibles y aún cuando debieran desembarcar las tropas para aligerarlas, marchar con las columnas por tierra a la misma altura de los buques, apoyándose mutuamente. Esta maniobra podía haberle otorgado a los brasileños alguna probabilidad de éxito.” (13)

El gran error argentino

Por su parte, las fuerzas argentinas cometieron el error de no haber mantenido un contacto permanente con el enemigo, es decir haber seguido sus movimientos sin interrupciones. Dice García Enciso que si la observación sobre el enemigo no hubiera tenido, como tuvo un vacío de casi dos días, al verificarse la situación de aislamiento e inmovilidad de la flota invasora, habría permitido la ejecución del plan de Bynon, de atacar a un enemigo dividido y parcialmente inmovilizado, situación ésta que lo hacía altamente vulnerable. El mando argentino se privó así de obtener una victoria mucho más rápida y concluyente.

En la misma madrugada del día 7, el azar intervino en el hecho de haber conocido Olivera el desplazamiento de las tropas imperiales, circunstancia que le permitió, aún a pesar de su imprevisión, tomar las decisiones urgentes y determinantes del triunfo final. De haber habido patrullas de observación argentinas en el momento del desembarco final de los brasileños, se podría haber elegido el momento para atacar su columna en el monte, en lugares que la caballería patriota conocía como la palma de la mano y donde seguramente los imperiales cansados, desorientados y sedientos, habrían sido presa fácil de los argentinos. Otra opción

habría sido atacarlos por retaguardia una vez que los brasileños coronaran el cerro de la Caballada, tomándolos entre dos fuegos. (14)



El factor tiempo jugó con variables de escasos minutos: si los brasileños hubieran coronado el cerro con el tiempo suficiente para disponer los más de 300 fusiles en posición de tiro, los jinetes argentinos habrían sido poco menos que aniquilados al pasar por la angostura de debajo del cerro, luego de su carrera a rienda suelta que los llevara desde Laguna Grande.

Consecuencia socioeconómica de la guerra en el Carmen

Espejismo y realidad

A pesar de que varios autores sostienen que la guerra con el Brasil dio lugar a un período de bonanza para el Carmen, en nuestra opinión aquella sólo produjo un espejismo de prosperidad, merced a la transitoria abundancia y bajo precio en la plaza local, de la amplia gama de productos acarreados en las presas de los corsarios. Por el contrario, el conflicto produjo muy serias vicisitudes a su economía: escasez de metálico, fuerte proceso inflacionario, abandono de la convertibilidad, demora en el reintegro de préstamos realizados por vecinos y en el pago de los sueldos a la tropa, y la reducción de estas remuneraciones, todo lo cual llevó a la quiebra a algunos prósperos comerciantes y seguramente perjudicó severamente a los restantes.

No podía haber habido saldo favorable para la economía de Patagones en un contexto nacional tan negativo. El país ya se encontraba en una delicada situación económica antes de la declaración de la guerra. Los cuantiosos gastos en que las

Provincias Unidas del Río de la Plata debieron incurrir para afrontar esta guerra y el estrangulamiento de la Aduana de Buenos Aires por el bloqueo de su puerto por la armada imperial, precisaron extraordinarias emisiones que llevaron a una brutal depreciación de la moneda y consecuentemente al abandono de la libre convertibilidad del peso por oro.

En principio debe decirse que el tráfico comercial por el puerto patagones, a diferencia de lo que ocurrió con el puerto de Buenos Aires, no se vio perturbado por la guerra. Según Dora Martínez de Gorla, entre 1826 y 1828 el puerto de Patagones registró 50 viajes de buques mercantes, a lo que debe agregarse el movimiento corsario, que en igual período comprendió 34 presas (). Empero, en tres años previos a la guerra (1822-1825) se registró un movimiento de 52 viajes mercantes (15). Es decir que el comercio permaneció estable y sólo debe considerarse como significativo este adicional aportado por el corso.

Pero algunos indicadores que nos brinda la autora citada resultaron francamente adversos para la economía local. La escasez de metálico en el ámbito nacional se profundizó aquí por los fuertes aportes que debieron realizar los vecinos más pudientes para sostener las medidas de defensa de Patagones. “Como no contaba el Estado con recursos para sostener por el término de dos meses a las guarniciones del establecimiento y para atender a los gastos que demandaban la corbeta "Chacabuco" y la instalación de baterías en la boca del río, se constituyó una junta de vecinos y comerciantes, para reunir un empréstito en la población, el cual contó con el decidido apoyo de ésta, destacándose la generosidad de Bernardo Bartruille, quien “integró en cajas, antes del reparto, la suma de quinientos pesos plata, excesiva en más del duplo, de la que por su fortuna le correspondía”, así como José Roche, quien debiendo contribuir con ochenta pesos, aportó quinientos. La contribución de Patagones fue de 6.255 pesos plata.” (16)

Es cierto que las mercancías ingresadas en las 34 presas corsarias, estimularon las transacciones comerciales de la aldea. Pero al mismo tiempo, la atracción que sobre el vecindario ejercieron esas mercancías debió haber actuado como un factor adicional de drenaje de metálico. Y como es sabido, no puede haber prosperidad sin moneda suficiente para realizar las transacciones comerciales.

Dice Dora Martínez de Gorla que “Hasta mediados de 1.827, el pago de los derechos [que tributaban las naves que ingresaban mercancías al puerto de Patagones] se efectuaba en la Tesorería rionegrina en oro o plata, únicamente, pero a partir de entonces, ante la escasez y consiguiente alza del metálico, la citada oficina se vio forzada a recibir papel moneda, que el comercio recibía con un quebranto muy considerable, con el consiguiente perjuicio para la hacienda

pública.” (17). Por nuestra parte debemos acotar que con este papel moneda se podían realizar, en el mejor de los casos transacciones locales, pero de ningún modo podía pagarse mercancías a los buques extranjeros que llegaban al Carmen.

“La escasez de metálico también perjudicó a vecinos y pequeños comerciantes, como Samuel Adams, Diego Goffrey, E. K. Battelle y otros, quienes se dedicaban al tráfico de frutos del país, procedentes de sus actividades rurales y a la venta de efectos que les remitían sus apoderados en Buenos Aires, habiendo ampliado su giro comercial con las mercaderías provenientes del corso. Concluida la guerra, la situación se agravó, cuando el gobierno prohibió la extracción de metálico, disposición que ocasiono una grandísima escasez del medio circulante metálico, debido a que las autoridades del establecimiento no permitieron la circulación de la moneda corriente de la Capital.”

“El movimiento corsario [...] incrementó los gastos extraordinarios de la Tesorería, pues ésta, además de la cuenta correspondiente a la manutención de los prisioneros brasileños, con la que decía el Ministro Tesorero, “se ha recargado esta caja”, debió realizar otras erogaciones, para aprestar y abastecer a los corsarios y sus presas. En consecuencia éste informaba al gobierno, “que no tiene la caja fondos”, situación que obligó a la misma a entregar letras contra la Tesorería General, como pago de préstamos en metálico o en papel moneda.”

La carencia de fondos en la tesorería repercutió duramente sobre la tropa de la guarnición y el vecindario. Los soldados vieron menguada su capacidad de compra. “Indicaba el comandante de Patagones que hasta el infeliz soldado a quien se le da (y no siempre) \$6 de buena cuenta, apenas recibiría \$2. Finalmente, a partir del 5 de enero de 1828, ante la desesperante falta de metálico, los pagos se hicieron efectivos en billetes, moneda de cobre u otra especie, no disponiendo la caja de Patagones, en consecuencia de metálico, hecho que obligó al gobierno a aumentar los derechos. [...] Debido a que los ingresos procedentes de las entradas marítimas se devaluaron, al final de la guerra con el Brasil, la Caja de Patagones se encontraba exhausta.”

Por otra parte, más allá del atraso en el pago de los gastos corrientes al comercio local, el gobierno debió suspender la devolución a los vecinos de buena parte del dinero que había tomado en letras de cambio para afrontar los gastos de guerra “a fin de poner los intereses públicos a resguardo de algún quebranto considerable”. [...] “Los mayores capitalistas rionegrinos, aunque movilizaron sus fondos, no lograron que fuera menos sensible la falta de metálico, viéndose obligados algunos, como Manuel B. Alvarez y Fernando Alfaro (hermano de Julián), a pasar por apremios económicos y hasta eventuales quiebras. Así, por

ejemplo, este último después de anticipar el valor de las mercaderías introducidas por el corso, no pudo resacirse del cobro del préstamo, debido a que el Comandante recibió orden de remitir el cargamento a Buenos Aires.”

“Las arcas exhaustas y sin más capacidad de endeudamiento de la Tesorería rionegrina; una mala cosecha, a raíz de la cual escaseó el pan y la galleta; la relación entre el metálico y el billete, que era de 1 a 4, pasó al finalizar la guerra de corso de 1 a 8, dificultando seriamente el abasto de carne; conformaban el cuadro de la situación.”

Los negros en la aldea

La guerra de corso cambió rotundamente el perfil social de la aldea, incidiendo en el importante crecimiento demográfico que en ese momento registró Patagones, teniendo en cuenta que, según estimaciones de Parish, tenía 800 habitantes en 1825 y 2000 en 1832, entre los que se contaban 500 negros.

De acuerdo con Dora M. de Gorla los corsarios introdujeron un total de 430 africanos, aunque es posible que esa cantidad fuera aún mayor. No todos quedaron en el Carmen, ya que en mayo de 1828 se embarcaron desde Patagones 148 africanos hacia el Salado. Pero, aún así, sumando a los negros que ya habitaban la aldea, podemos decir que al finalizar la guerra en 1828, la población de origen africano llegó a alcanzar en algún momento alrededor del 40 % de la población (tomando en cuenta la estimación de W. Parish de 800 habitantes en 1825, a la que consideramos atinada).

¿De qué modo se insertaron en esa sociedad? Dora Martínez da cuenta de las instrucciones que al respecto le dio gobierno al comandante Paulino Lacarra. Debía distribuir “dicho contingente de africanos entre aquellos vecinos que quisieran tomarlos bajo las siguientes condiciones:

1. Cada negro serviría a su patrón por el término de 6 años, contados desde el día que estuviera en poder de éste.
2. Conforme a lo dispuesto en el Reglamento General de Libertos, dado por la Asamblea General Constituyente, los patrones pagarían un peso mensual por cada negro que tomara a su servicio, debiendo integrar 72 pesos en el término de seis años, en tres plazos de seis meses.
3. Los patrones estarían obligados a vestir, alimentar y hacer seguir la costumbre del país a los libertos, como jornaleros comunes.”



Asimismo, se les recomendaba preferir para la colocación de estos libertos a aquellos vecinos más pudientes y morales que garanticen mejor todos los empeños a que deben comprometerse y den la mejor educación a los libertos.

Además, debía organizarse una compañía de 100 negros, para el servicio de las armas, la cual se integraría al batallón de

Cazadores, con arreglo a la ley de organización del Ejército Nacional, y, de acuerdo con ésta, cada negro percibía un sueldo mensual de 10 pesos, como a todo soldado de línea, por el término de 8 años, que debe durar su empeño. Pero, se decía, teniendo presente lo innecesario que será a estos individuos tener en su poder este dinero, se les abonarían sólo 6 pesos mensuales y los 4 restantes se les depositarían en la Caja de Ahorro establecida en esta Capital, de manera, que estarían en condiciones, al cabo del tiempo que permanecieran en el servicio de las armas, de contar con ese dinero y tener así los medios indispensables para su subsistencia. También se dispuso la remisión de negros a Buenos Aires, para el servicio de la Escuadra, en los términos que se resolverá por separado.

Aquellos vecinos que tenían vínculos comerciales con Buenos Aires tomaron a su servicio un número mayor, tal el caso, por ejemplo de Agustín Murguiondo, quien tomó 10 negros bajo su patronato, Vicente Casares 7, Manuel Alvarez 9, y



Fernando Alfaro 15, siendo algunos ocupados en las explotaciones rurales, que se extendieron entonces, incentivadas por la concesión de tierras y el impulso que adquirió la actividad económica en Patagones. Un ejemplo de ello, según D'Orbigny, era Alfaro, quien en su estancia de San Blas ocupó a los negros en las tareas rurales y lo mismo puede decirse de Alvarez. Asimismo, un antiguo vecino como Pedro Crespo, es probable que empleara alguno

de los 11 negros que tenía bajo su patronato en su establecimiento rural situado frente al Potrero de Churlaquin. En cambio si bien Darwin y D'Orbigny no

mencionan su empleo en los trabajos de las salinas, cabe señalar que Andrés Paz, quien explotaba la Salina de La Espuma, tenía varios esclavos y libertos, introducidos en el establecimiento con anterioridad y que en 1826 incorporó bajo su patronato a 7 negros (5 varones y 2 mujeres).

Además el 6 de julio del mismo año, la Comandancia de Patagones destinó a 104 negros al servicio de las armas, ordenando al Tesorero del establecimiento dispusiera “lo conveniente para que a cada año uno de dichos libertos se les haga un pantalón o una chaqueta, una gorra de paño, una camisa de género y se les compre una jerga más” y “que entretanto no se hallen estos libertos suficientemente instruidos para desempeñar el servicio a que se destinen puede suspenderse el sueldo que se les asigna”. Este contingente integró la Segunda Compañía de Infantería de Cazadores, pero después de prestar servicio durante dos años no percibió el pago que se le había prometido, siendo aprovechado su descontento por los instigadores de la sublevación que se produjo en el citado cuerpo, hasta que en abril de 1829 se dio comienzo a la paga. En Patagones, a su vez, se formó con otros doce libertos un piquete, asignándole dos pesos a cada uno, en tanto, veinte fueron entregados a Vicente Casares, a fin de que éste, mediante el pago de una onza de oro por cada uno, los condujera a Buenos Aires, para que sirvieran en la minería.



Las banderas brasileñas

Su emplazamiento

La información más amplia sobre la toma y destino de las banderas consta en “Apuntes Históricos del Río Negro”, ampliada luego en “Crónica Histórica del Río Negro de Patagones” ambas de José Juan Biedma. De acuerdo con el inventario consultado por éste, siete fueron las banderas tomadas al invasor, aunque le constara por tradición oral que otra, siguiendo la costumbre prusiana, fue desgajada en tiras y atada a las colas de los caballos para el ingreso en triunfo a las calles de la aldea el mismo día 7.

Los siete estandartes fueron colocados en el altar de la capilla del Fuerte a ambos lados de la imagen de la Virgen del Carmen, a quien los héroes de la gloriosa gesta reconocieron como aliada de las armas de la Patria y protectora de sus familias.

En la misma obra, Biedma reproduce un episodio que le fue referido por Pastor Obligado: “Al día siguiente de colgarse en la Iglesia de Carmen de Patagones las banderas portuguesas del 7 de Marzo, nuestro general Mitre, de menos edad que Aníbal jurando ante los Dioses de Cartago odio a los romanos juraba eterno amor a la Patria, ofreciéndole sacrificarse por redimirla de toda dominación extranjera ante su padre D. Ambrosio. Habiendo salido en la guerra del Paraguay como ayudante del general en jefe, ocasión tuve de recoger de sus propios labios reminiscencias a ésta semejante”. (18)



En 1836 la capilla ya resultaba demasiado estrecha para el culto. Por ello se la trasladó a una casa del vecino Bernardo Bartruille en el solar que hoy ocupa el Museo “Emma Nozzi”, frente al muelle. Dos años más tarde la capilla se instaló en el recinto que Bartruille había erigido especialmente en otro solar de su propiedad sobre la actual calle Mitre, a los fondos del anterior. En la década de 1860 la capilla fue devastada por un incendio en el que al parecer se perdieron cinco de los

estandartes, quedando indemnes sólo los dos que hoy conocemos. Sabemos que en el año 1879 las banderas estaban expuestas al público de manera permanente, ya que el ingeniero Alfredo Ebelot del ejército del general Roca dice en su libro “La Pampa” que “El coro de la pequeña iglesia está tapizado de banderas brasileñas cuyas franjas de oro ennegrecidas cuelgan alrededor del cuello de la Virgen, ridículamente ataviada, hay que confesarlo, que es la Patrona del punto”. Aunque pueda llamar a confusión la expresión “tapizado de banderas” no necesariamente deben ser más que las dos actuales, ya que siendo el coro de reducidas dimensiones, el tamaño de las banderas de lanilla, 4,69 por 2,37 m la mayor y 2,80 por 1,84 m la más pequeña, perfectamente podían haber tapizado buena parte del recinto.

Suponemos que el 16 de julio de 1885, al inaugurarse la nave central del actual templo parroquial, las enseñas imperiales se emplazaron en su altar. Pero con seguridad sabemos que el 7 de marzo de 1898 se colocaron en sendos cofres vitrina a fin de salvarlas del polvo y la polilla, los que se instalaron en el altar a ambos lados de la imagen de la Patrona. A raíz de los conflictos que más adelante referiremos, las banderas fueron llevadas al recinto del Honorable Consejo Deliberante en el año 1905.

Hacia 1924, la Comisión Pro-Templo encabezada por María Lucía Crespo y Tomasa Abbate de Lynch, hizo ampliar el altar mayor del templo. La obra de mármol permitió entonces instalar el nicho para la imagen de la Virgen y a ambos lados de la misma, las dos banderas plegadas en las mismas cajas de madera en que se guardaban en el Municipio.

Una vez restauradas las banderas en el año 1965 se suscitó una diferencia de criterios. Por una parte, los vecinos pretendían que se las instalara nuevamente en el altar, para la cual debían ser dobladas y guardadas en sus cofres. Pero el restaurador Antonio Ricciardoni señaló que para preservarlas adecuadamente era preciso que los trofeos permanecieran desplegados. A ello se sumaba el criterio del intendente Dr. Leonardo Costas y del secretario municipal Rolando Martínez respecto de que para ser adecuadamente apreciados, los estandartes debían permanecer desplegados.

Entre los vecinos y el clero local anidaba el temor de que al quitarse las banderas del altar, se facilitaran las disposiciones del Concilio Vaticano II y el altar de mármol fuera retirado, tal como había sucedido en la catedral de Viedma donde la imagen de la Patrona, Nuestra Señora de la Merced, se había removido.

Pero finalmente primó el criterio de emplazar las enseñas imperiales en su actual ubicación, desplegadas en grandes vitrinas en los muros laterales del templo a ambos lados del altar.

En cuanto al espacio que quedaba liberado en los flancos de la imagen de la Patrona, se resolvió, mediando una consulta al Obispo de Bahía Blanca, monseñor Esorto, instalar las mismas vitrinas que contenían las banderas colocándose en su interior ex-votos.

La restauración de las banderas

Desde 1827, las banderas imperiales sólo habían merecido algunas elementales labores de zurcido. Pero hacia 1960, Emma Nozzi, por entonces directora del Museo Histórico Regional “Francisco de Viedma” inició las gestiones para la restauración a fondo de los estandartes, secundada por el cura párroco, Pbro. Enrique Monteverde y una comisión de vecinos encabezada por Rosalía Miguel de Ortega. Sobraba en ellos el entusiasmo y ya en la primera reunión Cesáreo Arizcuren ofreció el alojamiento gratuito del restaurador por todo el tiempo que le insumiera la tarea.

La iniciativa finalmente fue canalizada por el Museo Histórico Nacional en el año 1965, designando para la labor a un restaurador de banderas, Antonio Ricciardoni.

La restauración insumió un mes, contándose con la desinteresada colaboración de la Sra. Elvira Aliberti en la ímproba y minuciosa tarea de zurcido, quedando concluida el 4 de junio de 1965. Aunque ello no consta en la documentación del museo, Tito Martínez recuerda que además, “con paciencia y cariño sin igual, Miguel Aravena y Febo Caponi trabajaron como verdaderos artesanos, con aguja e hilo especial” ...“Yo veía que en cada tramo con aquel hilo, el restaurador les agregaba con un delicado pincelito, una sustancia especial.” A continuación se procedió al registro fotográfico -Angel Cardoni-, a la confección de los marcos -señor Biaggetti-, lustrado de la carpintería -Julio Gironde-, colocación de los vidrios -Julio Barcia-, iluminación -Andrés Jauge-, fijación de los ex-votos en las vitrinas -Graciela Escudero de Martini- y finalmente el difícil montaje de las grandes cajas dirigido por el jefe de la oficina técnica del municipio, Augusto Semino.

Cabe destacar las donaciones de \$ 10.000 del personal de la Unidad Penitenciaria de Viedma y de \$ 2.500 correspondientes a la dieta del concejal Edgardo Goldaracena.

Finalmente, el 17 de agosto de 1965 en una brillante ceremonia se descubrieron los preciados testimonios del glorioso 7 de marzo de 1827. (19)

Los intentos de retirar las banderas de Patagones

Durante cincuenta años no existieron controversias respecto del destino que los héroes de la gesta habían dado a los trofeos.

Pero medio siglo después del Combate los trofeos comenzaron a ser requeridos por las autoridades nacionales. En 1877 la Inspección de Armas de Buenos Aires ordenó su envío a Liborio Bernal, comandante militar de Patagones. Bernal remitió la misiva al cura párroco Venancio Michelena, quien a su vez la giró al Juez de Paz y también Municipal Clemente Núñez el 9 de julio de 1877. Los municipales tomaron cuenta del asunto pero no hay constancias de que hubieran respondido a la requisitoria.

El tema fue retomado con nuevos bríos en 1896, cuando una nota enviada por el Ministerio de Gobierno de la Provincia fue tratada por el Concejo Deliberante de Patagones. En la misma se solicitaba que las banderas fueran enviadas al Museo Histórico Nacional. Se iniciaba así un conflicto que se extendió por lo menos hasta fines del año 1904.

El argumento clave que las distintas autoridades nacionales esgrimieron a lo largo de casi diez años era que el Museo Histórico Nacional era el ...*"único Establecimiento destinado al depósito y conservación de todos los trofeos nacionales de guerra, conquistados por las armas argentinas"*.

Las autoridades municipales se sentían entre dos fuegos. Por un lado las autoridades nacionales y provinciales que invocaban un orden legal difícil de desatender, a lo que se sumaban las lealtades políticas que de algún modo subordinaban a los funcionarios locales. Pero del otro lado había un pueblo al que no precisaban consultar para saber que se opondría férreamente a ceder tan preciados bienes.

El conflicto fue creciendo en intensidad. Las autoridades municipales extendían los pretextos de distinto orden, hasta que en noviembre de 1904 el intendente Barbieri cedió a tanta presión y ordenó al cura párroco Pbro. Mateo Valinotti la entrega de los estandartes imperiales. La respuesta de éste fue contundente: *"el cura párroco es depositario y custodio de trofeos que constituyen el tesoro más preciado del pueblo de Patagones"*. Considerando que los nativos de Patagones y especialmente los descendientes de los héroes de la gesta de 1827 han patentizado por múltiples comunicaciones que *"no quieren privarse de las preciosas reliquias de sus mayores"* el cura párroco *"declara que no puede acceder al pedido del Señor Intendente y en nombre propio, e intérprete del voto común de*

los nativos de Patagones se niega a favorecer el traslado de los bienes depositados en el Templo Parroquial". De lo contrario "haría un acto arbitrario en discordancia con el voto popular, y se le podría acusar de haber violado el derecho de propiedad que sobre dichos trofeos tienen los Patagoneses".



A todas luces el párroco, demostró estar muy por encima de las autoridades municipales en cuanto a interpretar los intereses de su comunidad. Esta había tomado especiales recaudos, ya que un significativo núcleo de vecinos se había complotado para apropiarse subrepticamente de las banderas en caso de que se hiciera inminente su traslado a Buenos Aires.

En adelante las pretensiones gubernamentales se expresaron en el Congreso Nacional. En diversas oportunidades fueron presentados proyectos tendientes a la restitución de las banderas, como los del senador Carlés en

1902 y 1908, de Alfredo Palacios en 1913 y 1915, con las firmas de Alvear, Juan B. Justo, Carlés, De la Torre, del Valle, etc. (20)

El siguiente capítulo tuvo como protagonista al general Agustín P. Justo, ministro de guerra del presidente Alvear y luego presidente de la Nación de facto. Este militar, casado con Ana Bernal, nativa de Patagones e hija del general Liborio Bernal, visitó nuestra ciudad en varias ocasiones. En uno de esos viajes, consultó a un grupo de vecinos sobre la posibilidad de devolver las banderas, con el argumento de que "La devolución de los trofeos no significa renegar de un pasado de gloria". En ésa como en ocasiones ulteriores se sugería la intención brasileña de donar importantes obras públicas para Patagones. Aún así, la negativa de los maragatos fue categórica.

Volvería a cobrar actualidad esta iniciativa cuando en 1954, durante el segundo gobierno de Perón, se trató en el Congreso de la Nación la devolución de las banderas tomadas a Paraguay durante la guerra de la Triple Alianza. Varios fueron los argumentos que se expusieron para justificar la devolución, tanto desde el texto del proyecto elevado por el Poder Ejecutivo como desde la bancada oficialista, partiendo de considerar a la mencionada contienda como una "guerra inicua" y de que no era aceptable que nuestro país conservara "trofeos de conquista", obtenidos en una invasión a un país vecino.

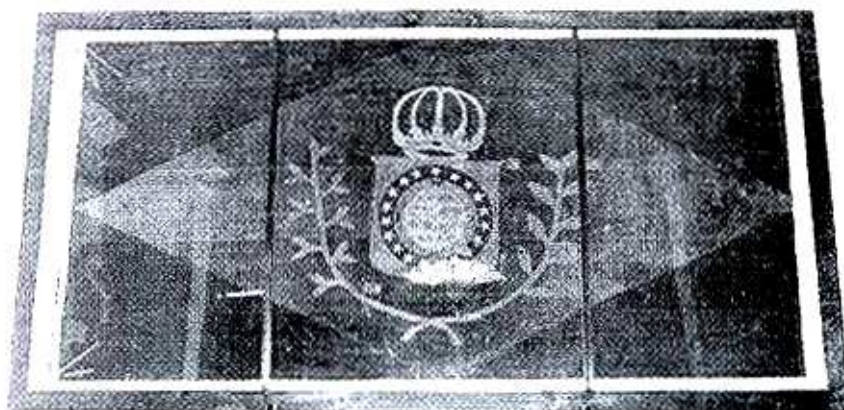
Por su parte el bloque de la VCR sostuvo en la ocasión que con el mismo criterio, sería válido restituir las banderas de los invasores de 1827. Tampoco esta vez prosperaría el intento, ya que los vecinos de Patagones se movilizaron gestionando ante Oscar Alende, integrante de la bancada radical, para frenar la iniciativa. Incluso, no faltó quien, en el decreto de devolución de las banderas paraguayas, trató de extender los alcances del texto que decía: “reintegrar los trofeos de guerra a Paraguay”. Aquí agregaba una coma a la que seguía “Brasil y otros estados vecinos”. Felizmente, no logró su cometido. (21)

Mucho más recientemente, hacia 1987 el periodista Carlos Espinosa nos recuerda que en plena euforia del proyecto de traslado de la capital a nuestro valle inferior el presidente Alfonsín invitó a su par José Samey de Brasil a recorrer el nuevo distrito federal.

Pero la noche anterior a la llegada de los ilustres visitantes alguien “*con buena información*” advirtió al intendente y a los concejales que “Alfonsín anunciará la devolución de las banderas”. La noticia corrió por el pueblo generando una espontánea reacción de vecinos que reclamaban medidas para que no se consumara el supuesto despojo.

“*Por cierto que no teníamos a quien consultar sobre la especie, pero algunos vecinos exaltados hasta planeaban apoderarse de las banderas para esconderlas en un lugar seguro. Así que tuvimos que disponer una discreta guardia policial en la puerta del templo*” recuerda el entonces concejal Néstor Belloso.

Claro que al día siguiente ni se mencionó el tema. Los vecinos respiraron aliviados y el episodio pasó a engrosar el anecdotario popular patagónés.



Nuestra reflexión

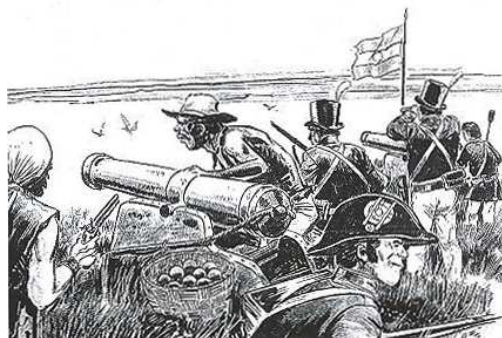
Creemos que quienes por distintas razones pretendieron que Patagones cediera estos estandartes, no advirtieron una cuestión esencial: las banderas no son sentidas por los maragatos como trofeos de guerra. No existe en nosotros encono, recelo alguno con el Brasil y su pueblo ni vocación peyorativa o de revancha.

Las banderas constituyen, en cambio, un testimonio clave de nuestra identidad histórica. Ellas dan cuenta de quiénes somos por nacimiento, o de quiénes hemos elegido ser por adopción.

Son memoria de las duras condiciones que nos impuso vivir un siglo como patagónicos al sur de toda frontera. Ellas nos dicen y dirán a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos que la amenaza de una invasión extranjera, que saberse librados a sus propias fuerzas no hizo retroceder a nuestros mayores. Ellas constituyen un lazo con ese pasado que da fe de lo que puede un pueblo cuando la providencia lo pone a prueba en una circunstancia crucial de su historia. Por todo ello estamos convencidos que, al igual que nosotros, ninguna comunidad de la tierra renunciaría a semejante legado.

Nada más esclarecedor que las palabras de Emma Nozzi, precisamente quien más bregó por la consolidación de nuestra identidad histórica. Apenas instaladas las banderas en su sitio actual, escribía a la directora de inspección primaria una nota en la que la instaba a estimular a los docentes a que junto a sus alumnos apreciaran estos testimonios históricos. *“Es de capital importancia para el profundo conocimiento de nuestro pasado histórico y la formación del sentimiento de amor a la tierra natal el ligar al poblador de nuestra zona desde niño, a los acontecimientos y las cosas que nos hablan de quienes conquistaron derechos y libertades en base única y exclusiva al cumplimiento de sus deberes.*

La contemplación emotiva de las reliquias y la comprensión exacta de una época, sin avivar rencores, muy por el contrario, deberá despertar en el niño la conciencia de su responsabilidad en la vida de su pueblo”.



Proyección del combate de Patagones

La derrota de las armas imperiales conmovió a la opinión pública y al gobierno brasileño. Más que las pérdidas en hombres y pertrechos, que en las dimensiones de una guerra no resultaban tan significativas, los impactó haber sido avasallados en un lejano pueblito patagónico por una fuerza que a todas luces parecía insignificante. Es que el Imperio, en su evaluación previa a la invasión sólo había prestado atención a la endeble guarnición local sin contar con un pueblo que se levantaría en armas, ni con los valerosos gauchos de Molina.

La afrenta sufrida fue tan grande que se ordenó una segunda expedición que, como se ha dicho fue diezmada por la furia del mar en la Bahía San Blas.

La guerra con el Brasil tuvo otros episodios descollantes. La gran victoria de Ituzaingó y el daño que infringían los corsarios no le alcanzaron a la Argentina para mantener la Banda Oriental en los marcos de la Nación pero impidieron, en cambio, que el Brasil la mantuviera anexada como su Provincia Cisplatina. Así nació el Uruguay independiente.

Con el tiempo, el Combate de Patagones se fue constituyendo en la base de la identidad histórica de los maragatos. En ese 7 de marzo de 1827 se condensó la epopeya de haber sostenido en la Patagonia la soberanía española primero y la argentina después, al sur de toda frontera, en plena tierra de indios.

Está en todos nosotros el derecho y el orgullo de ser patagónicos. Los más antiguos y los más heroicos. En nuestro templo parroquial, muy cerca de la imagen de la Virgen del Carmen hay dos banderas que dan fe de ello.



GRAFICO 1

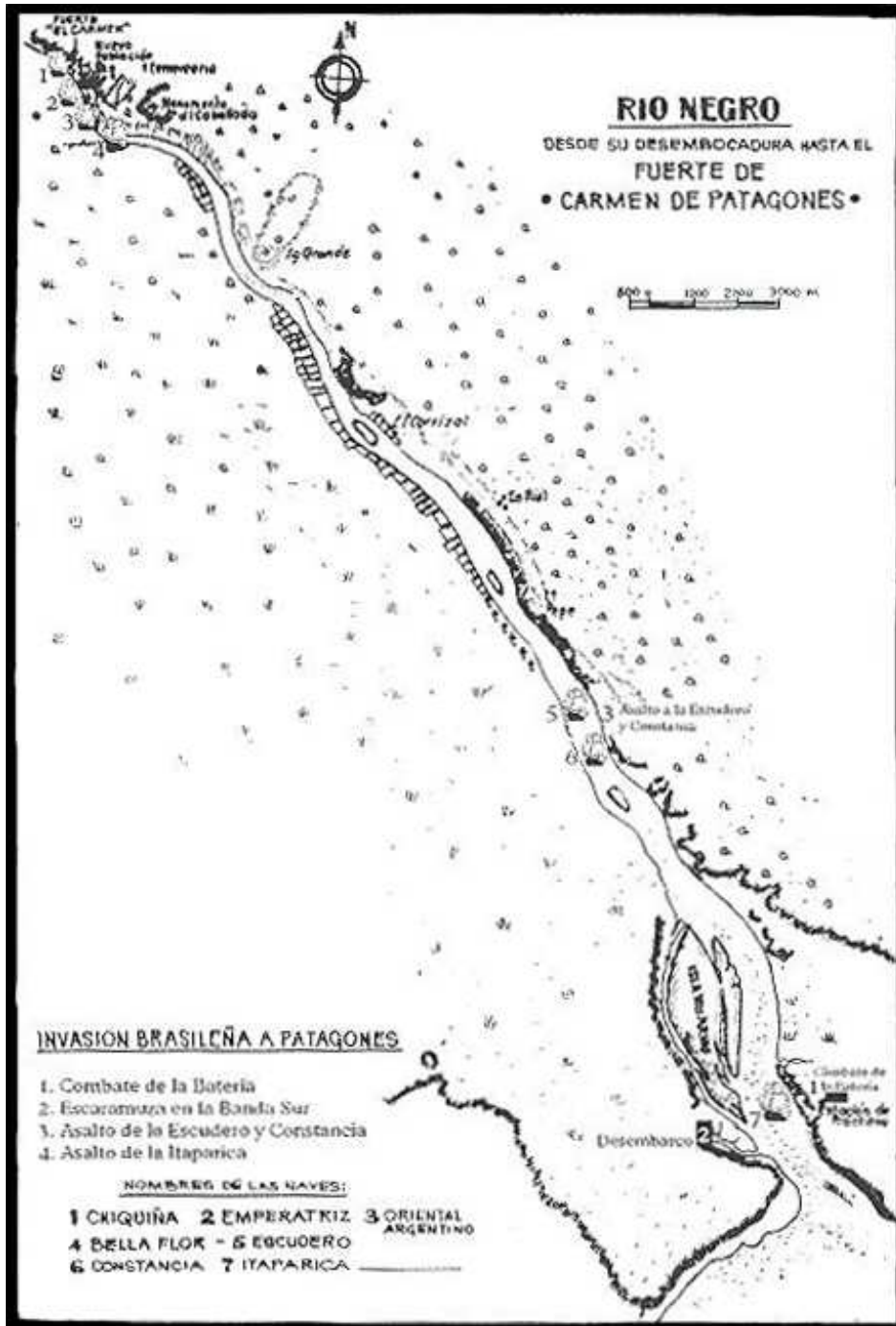
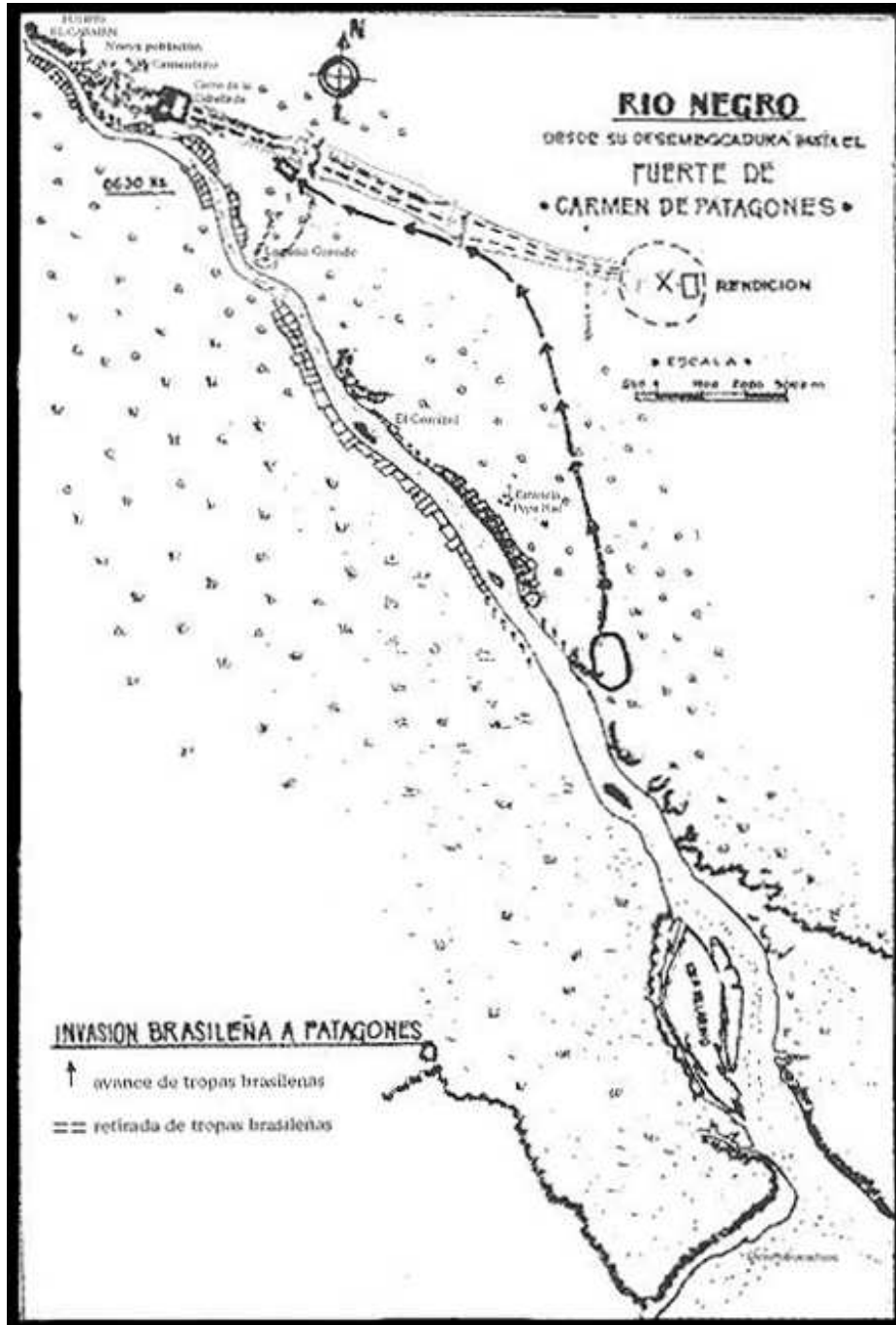


GRAFICO 2



- 1) Bustos, Jorge. *Poblamiento y Economía del Valle Inferior del Río Negro. (1779-1825)* UNC-CURZA. 1989. p.28.
- 2) Bustos, Jorge Anibal. *Indios y Blancos. Sal y Ganado más allá de la Frontera, Patagones 1820-1830.* U.N.C. 1994, p. 4.
- 3) Bustos, Jorge. *Poblamiento...* p. 37.
- 4) *Ibidem* p. 44-45
- 5) *Ibidem* p. 52
- 6) Bustos, Jorge. *Indios y Blancos...* p. 6.
- 7) Teodoro Caillet-Bois. *Historia Naval Argentina.* Buenos Aires. 1937, p. 28
- 8) *Ibidem* p. 30.
- 9) Martínez de Gorla, Dora. *Surgimiento de Patagones como polo de desarrollo económico y social de la región austral argentina. 1810-1828.* XVII Jornadas de Historia Económica. Mendoza, Argentina. 2002. p. 4.
- 10) Martínez de Gorla, Dora. *La Navegación a los Establecimientos de la Costa Patagónica. 1821-1828.* Primeras Jornadas Internacionales de Historia Naval y Marítima. Buenos Aires. 2000. p. 4.
- 11) García Enciso, Isaías José. *La Gesta de Patagones.* Dirección de Estudios Históricos - Comando en Jefe del Ejército. Año III - Número 4. Buenos Aires- 1968. p. 57.

- 12) Biedma, José J. *Crónica Histórica del Río Negro*. Buenos Aires - 1905. p. 548.

- 13) En el presente trabajo, en lo atinente al análisis de los aspectos puramente militares del combate,
se siguen las obras citadas de García Enciso y Juan José Biedma.

- 14) En lo referente a la flota naval surta en el puerto de Patagones, ver también Piccirilli, Ricardo.
Lecciones de Historia Naval Argentina. Secretaría de Estado de Marina. Buenos Aires - 1967.
p. 230.

- 15) Martínez de Gorla, Dora. *La navegación...* p. 4.

- 16) Bustos, Jorge A. *Poblamiento y Economía...* p. 38.

- 17) Costas, Leonardo. *Batalla del Carmen de Patagones-7 de Marzo de 1827*. Bahía Blanca - 1967. p. 238.

- 18) Ambrosio Mitre, citado por Costas, Leonardo, en *Batalla...* p. 280.

- 19) García Enciso, obra citada, traduciendo a Da Silva Paranhos, José María, que cita a Marques de Lisboa, teniente comandante de la “Constancia”.

- 20) Costas, Leonardo. *Batalla de Patagones...* citando a Ambrosio Mitre. p. 282.

- 21) Costas, Leonardo. *Batalla de Patagones...* p. 285.

- 22) Piccirilli, Rocardo. *Lecciones de Historia Naval...* p. 231.

Notas al Anexo

- 1) E. Cristina Rins - María Felisa Winter. *La Argentina -Una Historia para pensar- 1776. 1996.*
Editoriales Litográficas S. A. - Madrid. España p. 154.
- 2) *Idídem.* p. 155.
- 3) *Idídem.* p. 155-156.
- 4) Biedma, Juan José. *Crónica Histórica del Río Negro.* Buenos Aires-1905. p. 645 y subsiguientes.
- 5) D'Orbigny, Alcides. *Viaje a la América Meridional.* Buenos Aires - 1045. p. 656.
- 6) Para un análisis del sistema de patentes de corso y su implementación y funcionamiento, ver
Piccirilli, Ricardo. *Lecciones de Historia Naval Argentina.* 1967. pp. 137 a 170.
- 7) Ratto, Héctor. *La guerra marítima en las aguas del Pacífico,* en: Levene, Ricardo. *Historia de la Nación Argentina.* Buenos Aires, 1962. Vol. VI.
- 8) Caillet-Bois, Teodoro. *Album de Historia Naval Argentina.* Ministerio de Marina. Buenos Aires -
1937, p. 24.
- 9) Piccirilli, Ricardo; Romay, Francisco y Gianello, Leoncio. *Diccionario Histórico Argentino.* Ediciones Históricas Argentinas. Buenos Aires -1953. Tomo II p. 547.
- 10) Piccirilli, Ricardo y otros. *Diccionario...* Tomo I p. 285. No obstante, Teodoro Caillet Bois, en *Historia Naval Argentina,* p. 24, refiere que «La Argentina» desplazaba 600 toneladas, con 44 cañones y 200 hombres. En cuanto a la extraordinaria campaña de «La Argentina», ver también Piccirilli, *Historia Naval...* pp. 157 a 159.

- 11) Piccirilli, citando a Mitre dice que corrió las aventuras más extraordinarias, «...libertando esclavos, castigando piratas, estableciendo bloqueos, dirigiendo combates, negociando tratados, asaltando fortificaciones, dominando ciudades, forzando puertos, para ir a terminar su odisea en una prisión».

- 12) Francisco Fourmantin fue el primero que se destacó contra el tráfico brasileño, haciéndolo por cuenta de los patriotas orientales aún antes de declararse la guerra con el Brasil. En 1825 fue contratado por el gobierno de Buenos Aires para que ejerciera la guerra de corso contra la navegación imperial. (Piccirilli y otros, *Diccionario...* Tomo III, pág. 738).

- 13) García Enciso, Isaías José, *La Gesta de Patagones*. Dirección de Estudios Históricos. Comando en Jefe del Ejército. Año III - N° 4. Buenos Aires. 1968. p. 117.

- 14) *Ibíd.* p. 117 y Biedma, José J. *Crónica Histórica del Río Negro*. Buenos Aires. 1905. p. 546.

- 15) Bustos, Jorge A. *Poblamiento y Economía del Valle Inferior del Río Negro. (1779-1825)* UNC - CURZA. 1989. p. 97.

- 16) Martínez de Gorla, Dora, *La Navegación a los Establecimientos de la Costa Patagónica. 1821-1828*. Primeras Jornadas internacionales de Historia Naval. Buenos Aires. 2000. pp. 4-9-10-21 y subsiguientes.

- 17) Martínez de Gorla, Dora, *Surgimiento de Patagones como polo de desarrollo económico y social de la región austral astentina. 1810-1828*. XVIII Jornadas de la Historia Económica. Mendoza. Argentina. 2002. pp. 7-8-9-10-11.

- 18) Biedma, José J. *Apuntes Históricas*. Viedma. Río Negro. 1887. pp. 56.57.58, Y *Crónica Histórica...* pp. 554-555.

- 19) Archivo del Museo Histórico Regional “Emma Nozzi” de Carmen de Patagones.**

- 20) Acerca de los intentos de restitución de las banderas brasileñas y los debates parlamentarios sobre el tema, ver Actas del Congreso Nacional del 21 de abril de 1954, impresas el 5 de mayo de 1954.**

- 21) Diario «La Nueva Provincia» del 8 de junio de 1977.**

ÍNDICE

Prólogo	2
Introducción	3
Patagones en 1827	
Una isla en tierras de indios	3
La economía de la aldea	6
La población	8
Antecedentes de la guerra argentino-brasileña (1825-1827)	10
Patagones, puerto de corsarios	
La guerra de corso	12
La guerra llega a Patagones	14
La expedición invasora llega a Patagones	
Los planes brasileños	17
Las fuerzas imperiales	19
Las fuerzas nacionales	
La estrategia nacional	20
Las fuerzas locales	21
La actitud de los maragatos	23
La invasión	
Enemigo a la vista (25 al 27 de febrero)	27
Combate de la Batería (28 de febrero)	28
El río anticipa la derrota brasileña (28 de febrero al 3 de marzo)	29
Escaramuza en al Banda Sur. Las acciones previas al combate final (4 a 6 marzo)	30
La hora de gloria	34
ANEXO	
La guerra con el Brasil y la independencia de la Banda Oriental (1825-1828)	
Las acciones militares	42
La mediación británica y la misión García	43
El fin de la guerra	44

Segundo intento de invasión. San Blas, octubre de 1827	
Los prisioneros brasileños	44
La revancha que no pudo ser	45
Corsarios y piratas	47
Los corsarios en la guerra de independencia	48
La guerra de corso contra el Brasil	50
Los desaciertos militares	
Los errores brasileños	52
El gran error argentino	53
Consecuencias socio-económicas de la guerra en El Carmen	
Espejismo y realidad	54
Los negros en la aldea	57
Las banderas brasileñas	
Su emplazamiento	60
La restauración de las banderas	62
Los intentos de retirar las banderas de Patagones	63
Nuestra reflexión	66
Proyección del Combate	67
GRAFICO 1	68
GRAFICO 2	69
Notas	70
Notas anexo	72
Índice	75

